

Selección



CLARK CARRADOS

LA MARCA MALDITA



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

338 – La protegida del espectro, *Ralph Barby*.
339 – La venganza de una bruja, *Joseph Berna*.
340 – El templo de mármol, *Ralph Barby*.
341 – Historia de una tumba, *Clark Carrados*.
342 – La estera de vidrio, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

LA MARCA MALDITA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 343
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 24.764 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: septiembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

El bolso acababa de caer al suelo y su dueña parecía tener dificultades para recogerlo. Spike Holt lo vio y, rápida y cortésmente, se inclinó, tomó el bolso con una mano y se lo dio a su propietaria.

Ella le miró sonriente. Era una mujer muy anciana, de tez suave, a pesar de las arrugas, y cabellos que parecían de seda plateada. La vestimenta resultaba anticuada, pero toda ella respiraba pulcritud y distinción, no obstante su apariencia de modestia, casi lindante con la pobreza.

—Gracias, joven —dijo ella—. Es usted muy amable con esta pobre vieja, que ya no puede curvar el espinazo para recoger lo que pierden sus manos inseguras. Gracias otra vez.

—No tiene por qué dármelas, señora; al contrario, ha sido un placer ayudarla —dijo Spike Holt.

Ella puso una mano en el antebrazo del hombre.

—Eres joven —le tuteó de pronto—, y tienes toda una vida delante de ti. En estos momentos, tienes dificultades, pero te aseguro que pronto resolverás tus problemas. Tu suerte va a cambiar muy pronto y puedes subir a gran altura... pero ten cuidado con la cruz de seis brazos. Huye de ella, te lo aconsejo, ya que puede ser tu perdición.

Aunque seguía sonriendo, Holt pensó que la anciana era una chiflada, con ganas de desahogarse hablando con el primero que se le ponía a tiro. Pero su misma edad le impedía darle una respuesta desabrida o, simplemente, burlona y escéptica.

—Lo tendré en cuenta, señora —dijo—. ¿Puedo ayudarla en algo? ¿Va a alguna parte? Tengo mi coche cerca de aquí...

—No es necesario, muchacho; aquí llega el mío —respondió la anciana—. Recuerda mi consejo: «Huye de la cruz de los seis brazos.»

Holt se quedó con la boca abierta. Un «Rolls-Royce» acababa de detenerse junto a la acera. El chófer, uniformado, con pantalones de montar y polainas de cuero, saltó con presteza, abrió la puerta trasera y se situó al lado, rígido como una estatua, con la gorra en la mano.

La anciana entró en el coche, que arrancó a los pocos instantes. Holt aún seguía como petrificado. «Tan modestamente vestida... y tiene chófer y coche de lujo, un "Rolls” nada menos...», pensó.

Por cierto, el «Rolls» era bastante antiguo, cosa que se advertía no sólo en la numeración de la matrícula, sino en las líneas de su carrocería. Pero era el vehículo ideal para una anciana de tanta edad.

Luego, reaccionando, dio media vuelta y echó a andar. Su coche, en efecto, estaba parado a poca distancia. Holt se sentó tras el volante y dio el contacto.

El motor se negó a funcionar obstinadamente. Holt lanzó un suspiro.

Tendría que regresar a pie a su casa. Apenas si le quedaba justo para un bocadillo, que sería toda su cena. No sabía qué podría desayunar y, por lo

tanto, no cabía ni que soñar en pagar la factura del taller de reparaciones.

Abandonó el coche resignadamente. A los pocos pasos, vio algo en el suelo.

Curioso, se inclinó y recogió aquel objeto, mayor que una billetera corriente, una cartera de buenas dimensiones pero que, no obstante, podía caber muy bien en un bolsillo.

La cartera estaba muy abultada. Era lógico; se hallaba repleta de billetes de cien dólares.

* * *

La niebla se deshilaba entre los faroles que daban un resplandor amarillento al ambiente nocturno. El suelo estaba brillante de humedad. Olía a sales marinas, a algas, a pescado, a brea y pintura... En el pequeño puerto, las barcas de los pescadores se balanceaban suavemente sobre las negras aguas. Al fondo del espigón, la pequeña farola de funcionamiento automático enviaba sus destellos intermitentes con perfecta regularidad.

Las casas de Camden Harbor eran, en su mayoría, viejas, gastadas por los años y con la sal incrustada en los muros. Los techos eran de pizarra, agudos, casi constantemente chorreantes de agua y humedad. Por algunas de las chimeneas salían tenues hilos de humo.

Las calles estaban desiertas. El silencio era absoluto. Sólo, en ocasiones, se oía el distante ladrido de un perro. Todas las ventanas estaban cerradas y no se veían luces en las casas, salvo las de una taberna cuya fachada daba al puerto y que tenía un nombre muy significativo: «The Old Sailor» (El viejo marinero).

Dentro de la taberna había bastantes clientes y las conversaciones eran muy animadas. La atmósfera tenía un color azul, debido al humo del tabaco consumido, casi exclusivamente en las pipas. En uno de los rincones, cuatro hombres se disputaban a los dados el importe de la consumición.

La camarera iba y venía por las mesas casi de continuo, esquivando los pellizcos que le tiraban sus clientes más enardecidos. Era una mujer joven, de pechos redondos y abundantes, con gran escote, y amplias y macizas caderas. No era demasiado guapa, pero sí tenía la sonrisa simpática y era consciente de su tremendo atractivo sexual.

De pronto, uno de los clientes se extrañó de la ausencia de un tal Bill Dearden.

—Quizá no venga esta noche —dijo otro.

—¿Por qué? —quiso saber un tercero—. No suele faltar...

—Dijo que tenía que ir a Master’s Peak y hablar con su dueño —manifestó Abe Ryles—. Habrá hablado, en efecto, pero estará en cama con un tremendo disgusto y no hace falta que mencione los motivos.

Aquellas palabras provocaron un súbito silencio en la taberna. Hasta la jovial y desenvuelta Effie, la camarera, dejó de sonreír.

El silencio fue roto bruscamente por un sonoro carraspeo.

—Está bien, aún no sabemos qué respuesta ha recibido Dearden —exclamó uno de los bebedores—. Tampoco es tan tarde, y aún hay posibilidades de que venga. ¡Effie, ponme otra jarra!

—Al momento, señor Eckles.

Las conversaciones se reanudaron. Todo parecía volver a la normalidad. Pero, de repente, se oyó en el exterior un agudísimo alarido.

Era un grito horripilante, la expresión sonora de una persona que se hallaba en inminente peligro, un aullido que delataba el espantoso terror que poseía al que lo había lanzado.

Decenas de pares de rostros volvieron inmediatamente hacia la puerta. El aullido se repitió, ahora más corto y bruscamente interrumpido.

Nadie se atrevía a moverse. Effie, sorprendida en el memento en que iba a poner la jarra sobre la bandeja, continuaba en la misma posición, convertida absolutamente en una estatua. Ni siquiera se percibían los movimientos de sus opulentos senos.

De repente, sonaron unos pasos que se acercaban a la taberna. Alguien se levantó, pero volvió a sentarse. Los ojos estaban morbosamente fijos en la entrada.

La puerta se abrió bruscamente. Un hombre apareció en el umbral. Ofrecía un aspecto espantoso.

Algo parecido a una garra de fiera salvaje le había desgarrado por completo el lado izquierdo de la cara. Colgajos de carne pendían sangrientamente, dejando al descubierto el blanco de los huesos. Faltaba el ojo de aquel lado.

La chaqueta estaba abierta y la camisa, desgarrada, permitía ver el torso, en el que se divisaba una extraña marca rojiza, una raya vertical, cruzada por tres horizontales. El hombre tenía la boca abierta y quería gritar, pero no podía emitir el menor sonido.

Súbitamente, Effie lanzó un estridente chillido. La jarra y la bandeja se desprendieron de sus manos y cayeron al suelo con gran estrépito.

—¡Es el señor Dearden!

Al ruido, Dearden pareció sufrir una sacudida. Emitió un ronquido que no tenía nada de humano, sus rodillas se doblaron y, venciéndose hacia adelante, se estrelló de cara contra el suelo.

* * *

La secretaria salió del despacho y, manteniéndose a un lado, sostuvo con una mano la puerta abierta.

—Pase, señor Holt; el señor Delaney accede a recibirle.

Holt se puso en pie. Gran parte de la noche había estado desvelado. En la cartera hallada había diez mil dólares en billetes, más que suficientes para solucionar sus problemas. Durante horas y horas, había estado pensando si

debía quedarse el dinero o devolverlo a su dueño.

En la cartera, además de algunas tarjetas de visita y de crédito, había también un sobre relativamente abultado, sin dirección, que no había abierto. Su problema era la falta de dinero, no la curiosidad.

Al fin, había tomado una decisión. El dinero no le pertenecía y era preciso dárselo a su dueño.

La cartera estaba dentro de un portafolios. Holt entró en el lujoso despacho y tendió la mano hacia el hombre situado al otro lado de la mesa.

—Gracias por recibirme, señor Delaney —dijo.

—¿En qué puedo servirle, señor Holt? —contestó Delaney fríamente—. Por favor, sea breve, tengo mi tiempo medido...

—Me lo imagino, y le doy las gracias por haberme recibido.

—Eso ya me lo había dicho —se amoscó Delaney.

—Perdón, estoy un poco aturdido. —Holt miró a su alrededor. Tan sólo la moqueta del suelo valía lo que él ganaba en un año... cuando tenía trabajo. El brillante del alfiler de corbata de Delaney tenía el tamaño de un garbanzo. Su traje, a medida, claro, no valía menos de dos mil dólares. Sí, era hombre próspero—. Ayer perdió usted una cartera —sonrió.

Delaney saltó de su asiento.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—¿Cuánto dinero tenía usted en la cartera?

—Había diez mil dólares, en cien billetes de a cien. Además, tenía todas mis tarjetas de crédito, había también media docena de visita y un sobre con documentos. La cartera no es una billetera, sino que es más bien un pequeño almacén para dinero y documentos, sin que sea tan grande y molesto como un portafolios. Es de cuero de vaca, de color amarillo claro... y no sé qué más decirle, señor Holt.

Holt sonrió y abrió el portafolios.

—La cartera es suya, señor Delaney.

Hubo un instante de silencio. Delaney abrió la cartera y revisó su interior. Al cabo de unos momentos, miró a su visitante.

—¿Qué hay en el sobre? —inquirió.

—No lo sé, no me pareció correcto abrirlo.

Delaney examinó el sobre y asintió repetidas veces.

—Vale mucho más que el dinero, y no era una tontería precisamente lo que contiene esta cartera —dijo—. Señor Holt, es usted un hombre honrado.

—Muchas gracias. Adiós, señor Delaney.

Holt se puso en pie y dio media vuelta. Delaney le llamó bruscamente:

—¡Espere, hombre! ¿Es que se va a marchar así, sin más?

Holt giró de nuevo y sonrió débilmente.

—Ya le he devuelto la cartera. No tengo nada que hacer aquí...

Delaney contó diez billetes de a cien, se levantó, dio la vuelta a la mesa y se acercó al joven.

—Dígame, Holt, ¿en qué trabaja usted?

—En nada —contestó Holt.

—Ah, no necesita trabajar...

—Estoy sin empleo.

Delaney estudió durante unos instantes el rostro del hombre que tenía ante sí, un rostro tranco y abierto, y llegó muy pronto a una conclusión,

—Sí, usted es un hombre honrado y, además, discreto. Señor Holt, yo necesito en mi empresa un hombre de esas cualidades y estoy dispuesto a pagarle un buen salario. ¿Le gustaría trabajar para mí?

—Pues...

Delaney puso los mil dólares en las manos del joven.

—No se hable más, queda contratado. Pero, como por el memento, no necesito de sus servicios, hágame el favor de dejar su dirección a mi secretaria personal. Por supuesto, estos mil dólares son una gratificación por haberme devuelto la cartera, no los considere un anticipo de su sueldo.

—Señor Delaney, no sé cómo darle las gracias.

—Soy yo el que debe estar agradecido, amigo Holt. Y mucho, se lo aseguro.

Cuando salió a la calle, Holt creía flotar en nubes rosadas. Mil dólares y un empleo, que estaría bien pagado, a juzgar por el lujo y la actividad que había observado en las oficinas de Delaney.

De repente, y sin saber por qué, se acordó de la anciana del «Rolls».

—¿Es una vidente? —se preguntó.

Pero dejó de lado aquellas consideraciones; tenía hambre y disponía de dinero suficiente para darse todo un banquete.

CAPITULO II

Durante algunas semanas, la vida siguió un curso normal para Holt. Sus necesidades estaban cubiertas, aparte de que era hombre de gustos más bien mesurados y, sin ser avaro, nada dado al derroche. Luego, de pronto, recibió una carta con el membrete de «Delaney Enterprise, Inc.».

—Bueno, ya me llaman para que vaya a trabajar —exclamó, a la vez que abría el sobre.

Pero se llevó una sorpresa. El sobre contenía un cheque por valor de 1.442'58 dólares y un recibo para que lo firmase y lo devolviese por correo.

También había una nota muy escueta:

Se le avisará cuando sus servicios sean necesarios.

Profundamente intrigado, Holt contempló durante unos minutos el contenido del sobre. Aquello no le gustaba en absoluto, no le agradaba cobrar un sueldo sin trabajar, pero, por otra parte, tampoco veía nada anormal en lo que le sucedía. Al cabo de un buen rato reaccionó, firmó el recibo y lo metió en un sobre. Luego se dispuso a salir a la calle, a fin de poner el sobre en el correo y llevar el cheque al Banco.

Aquella misma tarde se encontró con una antigua conocida. Hacía años que no se veían y él la conocía con el pelo castaño oscuro. Casi siempre la había visto con trenzas, camisa a cuadros y pantalón de peto. Ahora tenía el pelo rubio platino y vestía sofisticadamente un traje color verde botella, que parecía pintado sobre su explosiva anatomía.

Fue ella la que le paró, poniéndole una mano en el pecho, a la vez que le miraba fijamente.

—¿Spike Holt? —dijo.

Holt respingó ligeramente, ya que no estaba acostumbrado a que las mujeres hermosas le detuvieran en medio de la calle.

—Sí, ese es mi nombre, señora...

—Spike, acuérdate de Martin's Farm y de la hija de los granjeros, Peggy Miller. Alguna vez quisiste revolearme en el pajar, pero yo no te lo permití nunca.

—Peggy Miller —se pasmó él—. Pero ¿quién lo iba a decir...?

—Chitón, no pronuncies más ese nombre. Ahora me llamo Olga Cavendish. ¿Entendido?

—Si tú lo dices...

Un hombre se acercó en aquel momento.

—Olga, ¿estás lista?

—Sí, querido. Estaba hablando con este buen amigo. Hace años que no nos veíamos...

—¡Señor Delaney! —exclamó Holt, atónito.

—¡ Holt! —dijo Delaney.

—Ah, pero ¿se conocían? —exclamó la rubia.

—Sí —carraspeó Holt—. El señor Delaney...

—Trabaja en mi empresa —manifestó el mencionado.

Al mismo tiempo, miraba a Holt. El joven adivinó el significado de aquella mirada: «Silencio o te quedas sin empleo.»

Sonrió anchamente.

—Me alegro mucho de haberte visto... —se dirigió a la joven. Dudó una brevísima fracción de segundo, pero acabó por no pronunciar ningún nombre para no comprometerse—. Encantado, señor Delaney —se despidió.

Delaney y Olga se marcharon. Holt quedó en el mismo sitio unos instantes. Felices tiempos de niñez y adolescencia, evocó melancólicamente.

Luego echó a andar. A los pocos pasos se encontró con la anciana del «Rolls».

Ella le miró, sonriendo maliciosamente.

—¿Ha cambiado tu suerte? —preguntó.

—No puedo quejarme, señora..

—Derwenton, Elisa Derwenton, de Derwenton's House.

—Es un placer, señora Derwenton. Yo me llamo Spike Holt.

—Spike no es un nombre —observó ella.

—Bueno, es un sobrenombre que viene de tiempos juveniles. El nombre verdadero es Thomas Jefferson, pero resulta demasiado pretencioso.

—Depende de los puntos de mira. ¿Ha mejorado tu suerte, muchacho?

—Sí, no puedo quejarme por ahora..

—Mejorará, pero tienes que apartarte de la cruz de seis brazos.

El «Rolls» acababa de detenerse junto a la acera. Holt quiso pedir explicaciones a la anciana, acerca de aquel enigma que era una cruz con seis brazos, pero ella ya estaba entrando en el coche. Desde su asiento, agitó la mano en señal de saludo a la vez que sonreía afablemente. Holt contestó haciendo un gesto análogo.

Durante unos minutos, permaneció en el mismo sitio, con los ojos fijos en el coche negro que se alejaba de aquel lugar. Luego, de pronto, alguien golpeó sus hombros amistosamente.

—Spike, muchacho, ¿qué es de tu vida? ¿Qué haces aquí, parado como un poste?

Holt se volvió. Era un antiguo conocido, al que hacía algún tiempo que no veía.

—Hola, Sam —sonrió—. Estaba mirando aquel «Rolls» negro...

—¿Qué «Rolls»? —preguntó el otro.

Holt respingó. Aún podía ver el coche de la señora Derwenton, justo antes de doblar una esquina situada a doscientos metros. Su amigo, por tanto, había tenido que verlo también, cuando aún estaba mucho más cerca.

—Me refería a Elisa Derwenton...

Sam Craig le dio un codazo en el costado.

—Ah, pillín —dijo— De modo que de conquista. Y ahora, nada menos que con una fulana con «Rolls» y todo. Es muy rica, ¿no?

—Rica, tal vez, pero ya no está para conquistarla. Debe de tener lo menos ochenta años... ¡pero si la has tenido que ver tú mismo, Sam! Estaba conmigo no hacía siquiera treinta segundos...

Craig miró a su amigo como si estuviese loco.

—¿Que tú estabas con una vieja hace menos de medio minuto? Spike, buen amigo, vamos a tomarnos unas copas. Debes de estar algo enfermo y eso te hace ver visiones...

Holt se dejó arrastrar, sumamente preocupado por lo que acababa de ocurrir. Si en este mundo había alguien poco dado a las fantasías, era su amigo Craig. Por tanto, no había visto a Elisa Derwenton pero, al mismo tiempo, tenía que haberla visto. ¿Cómo se podían compaginar dos posiciones tan antagónicas?

Sacudió la cabeza. Lo mejor era dejar el asunto por el momento, decidió finalmente.

* * *

A través del pequeño espacio ajardinado, Holt vio a la muchacha que se acercaba, con un paquete de libros en las manos, y se apresuró a abrir para salir a su encuentro.

—¡Buenos días, señorita Mary! —saludó alegremente—. ¿Ha venido a traerme el libro que solicité? Pero si no tenía ninguna prisa; ya hubiera ido yo mismo a la Biblioteca...

—Somos vecinos y no me cuesta ningún trabajo —dijo la muchacha—. También lo hago lo mismo con otros vecinos. Hacer un favor, cuando se puede, no cuesta nada.

—Desde luego. Entre, por favor...

Mary Tanner cruzó el umbral y depositó los libros encima de una mesa. Revisó unos cuantos, sacó uno y lo dejó aparte.

—Vendré a buscarlo cuando termine —dijo.

—¡Por Dios! Ya iré yo mismo a la biblioteca; no me cuesta ningún trabajo. Se molesta usted excesivamente por un lector que sólo acude un par de veces al año.

—Sí, pero como vivimos casi enfrente...

Mary calló un instante, Holt la contempló en silencio. Era una muchacha encantadora, vivaracha, pero no desenfadada, amable con todo el mundo y de graciosa sonrisa, que no se borraba de sus labios en ningún momento. Era una de las empleadas de la Biblioteca Pública, lugar al que Holt solía acudir con no demasiada frecuencia, en busca de algún libro que pudiera interesarle. El último día pidió uno y no estaba, y ahora Mary venía a traérselo en persona.

—Vivimos casi enfrente y no nos tratamos apenas —dijo.

Mary se ruborizó un tanto.

—Cada uno tenemos nuestro propio trabajo y eso hace más difícil la comunicación —contestó—. Tendrá que dispensarme, señor Holt; he de

marcharme y...

—Sí, claro. Espere, la ayudaré a llevar los libros hasta el coche.

—Gracias, es usted muy amable.

Holt se dispuso a levantar la pila de libros, pero entonces, su vista recayó casualmente sobre el título del que estaba en primer lugar.

Una exclamación de asombro brotó de sus labios. Mary le miró con extrañeza.

—¿Sucede algo, señor Holt? —preguntó ella.

El joven tenía su índice apoyado sobre la cubierta del libro que tanto había llamado su atención.

—«Historia de la Casa Derwenton» —recitó—. ¿Pertenece a la biblioteca, señorita Mary?

—Pues sí, claro que sí...

—¿Lo tiene ya pedido otro lector?

—En este momento, no. Si lo quiere usted...

Holt no se hizo de rogar y se apoderó del libro en el acto.

—A mediodía iré a firmarle el recibo —exclamó.

Mary sonrió agradablemente.

—Muy bien, de acuerdo. Hasta luego, señor Holt.

—Hasta luego... y mil gracias.

Holt se quedó solo. Inmediatamente, olvidado de todo cuanto le rodeaba, inició la lectura del libro que no tendría más allá de doscientas páginas.

Cuando terminó, eran poco más de las once. Consultó su reloj; aún tenía tiempo, antes de acudir a la cita con la linda bibliotecaria.

En el libro se incluía un antiguo plano de la ciudad, a modo de ilustración de algunos pasajes del mismo. Las casas habían cambiado, pero no el trazado de muchas calles... ni tampoco la orografía de las colinas que rodeaban la urbe. Era fácil, por tanto, llegar a Derwenton's House.

* * *

En los últimos metros el camino se hizo casi intransitable, a causa de la gran cantidad de malezas que crecían a ambos lados. A Holt le parecía hallarse en un mundo enteramente distinto. Estaba solamente a veinte minutos de coche de la ciudad y creía estar atravesando una selva virgen, tan tupida era la vegetación que crecía en aquellos parajes.

De pronto, el camino se ensanchó, convirtiéndose en una explanada, al otro lado de la cual había una casa. Holt se quedó estupefacto.

Las hierbas crecían libremente por todas partes. Había llegado a pensar que la vegetación que casi impedía el paso había crecido por desidia pero que encontraría un panorama más atractivo al final de su viaje y, sin embargo, estaba equivocado.

Era imposible que allí viviese nadie. Todos los postigos de las ventanas estaban cerrados, pero algunos, podridos, habían caído por tierra y se

advertían los cristales completamente cubiertos de polvo. Se veía claramente que los árboles que había en torno a la casa no habían sido podados en muchos años. El gran surtidor del centro, aparecía completamente seco y su estanque lleno de hojas secas y ya podridas en su mayoría. En el tejado se veía una chimenea desmochada, rota a la mitad.

Meneó la cabeza. Aquello era Derwenton's House, pero ello no significaba que Elisa viviese allí. No, hacía muchos años que nadie vivía en aquella casa, decidió finalmente.

Miró a su alrededor. No se podía negar que el lugar tenía cierto encanto. Un jardín mejor cuidado, el surtidor funcionando, las malezas destruidas y los desperfectos de la casa reparados, darían un ambiente radicalmente distinto.

—Si tuviera dinero, lo haría —murmuró.

Al cabo de unos momentos, volvió al coche. Dio el contacto y emprendió el regreso a la ciudad.

—Ha sido muy rápido leyendo esa historia —observó Mary poco después de las doce.

—No tenía nada que hacer —contestó Holt—. Pero ¿me permitirá retenerlo todavía algunos días?

—Claro, todo lo que necesite. ¿Lo ha encontrado interesante?

—Mucho, no se puede usted figurar cuánto, señorita Mary.

Ella sonrió, mientras llenaba los datos en el libro correspondiente, que luego puso a la firma del joven. Terminada la tarea, Holt miró sonriendo a la muchacha.

—Y ahora, a menos que tenga un compromiso anterior, ¿acepta almorzar conmigo?

—Será un placer —respondió Mary.

Luego, mientras comían, él dijo:

—Mary, ¿conoce usted la historia de la casa Derwenton?

—Sí, la leí hace algunos meses. Me llamó la atención el título y leí el libro casi de inmediato. ¿Sabe?, en cierto modo, somos descendientes de los primitivos Derwenton que se establecieron aquí hace más de doscientos años.

—Ah, descendientes...

—Bueno, el parentesco está ya muy diluido por el paso de los años y debido también a que mi familia pertenece a una rama colateral. Mi abuela materna era prima segunda de la última de los Derwenton, Elisa.

Holt miró fijamente a la muchacha.

—Mary, Elisa está viva —dijo.

CAPITULO III

Mary se sintió muy sorprendida al oír aquellas palabras.

—Spike, no sé cómo puede decir una cosa semejante —contestó—. Elisa murió hace lo menos cuarenta años. Era mucho mayor que mi abuela, felizmente viva todavía, no obstante lo cual, eran dos excelentes amigas, independientemente del parentesco. Pero Elisa murió, se lo puedo asegurar.

—Eso explica el abandono en que se encuentra Derwenton's House —dijo Holt.

—¿Cómo? ¿Ha estado allí?

—Sí. En el libro hay un plano de la ciudad y los alrededores, tal como eran hace cien años. Me picó la curiosidad y fui a ver... En realidad, de allí vengo. Mary.

—No he estado yo nunca en Derwenton's House —manifestó la joven—. A decir verdad, tampoco he sentido curiosidad por un lugar con el que no tenemos nada que ver los Tanner actualmente. ¿Qué tal es aquello, Spike?

—Sería precioso, si se cuidase. Ahora está en un total estado de abandono. A menos que se haga algo, un día se vendrá abajo la casa.

Mary sonrió.

—Spike, de repente me ha picado la curiosidad. Me gustaría ver la casa... pero hoy no podré; aparte de mi trabajo, que no termina hasta las cinco, he de asistir después a una conferencia. . Pero el sábado por la mañana estaré libre.

—¿A qué hora paso a buscarla? —consultó él.

—Las diez, no conviene madrugar demasiado —sonrió Mary—. A fin de cuentas, Derwenton's House no está en los antípodas.

—Queda mucho más cerca, en efecto.

Holt volvió a mirar a la muchacha. ¿Cómo era posible, se dijo, que no hubiese reparado antes en ella? Cada vez le gustaba más... pero Mary se ponía ya en pie, alegando que debía volver a su trabajo.

—Hasta el sábado, Spike —se despidió.

Holt se quedó solo. Luego, en su casa, estuvo largo rato pensando en el misterio de la casa abandonada. Mary decía que Elisa estaba muerta y había razones sobradas para creer en sus afirmaciones. Pero, entonces, ¿quién era aquella encantadora dama? ¿Por qué recurría a semejante impostura? ¿Qué beneficios podía obtener de desempeñar el papel de una persona muerta cuarenta años antes?

Todas estas preguntas se agolpaban todavía en su mente, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Levantó el auricular. Una voz de hombre dijo:

—¿Holt?

—Sí, yo mismo,

—Soy Delaney. ¿Está en su casa?

—Sí, señor.

—Muy bien, ahora mismo iré a verle.

La comunicación se cortó. Extrañado, Holt se preguntó qué podía querer Delaney de él y por qué no le llamaba a su oficina.

«Debe de buscar discreción ante todo», supuso.

Delaney llegó un cuarto de hora más tarde, con un portafolios en la mano. Holt le vio serio, pero no preocupado.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, señor? —dijo Holt.

—No, gracias, voy a ser muy breve. —Delaney abrió el portafolios y extrajo de su interior un grueso sobre, que puso en manos del joven—. Tiene que viajar a Camden Harbor, un pequeño pueblo de pescadores situado a setenta millas al Norte. Una vez allí, se dirigirá a una propiedad situada en las afueras del pueblo, cuyo nombre es Master's Peak, y se entrevistará con su dueño, Roger Endicott. El sobre contiene un cuestionario especial, muy largo. Quizá el señor Endicott tarde un día o dos en contestar a todas las preguntas, lo que no debe extrañarle. Una vez lo haya hecho, le entregará un sobre análogo a éste y usted me lo entregará personalmente.

—Sí, señor.

—Hoy es lunes. Quizá el miércoles por la noche, el jueves lo más tardar, pueda estar ya aquí de vuelta. En todo caso, yo le llamaré por teléfono, para cerciorarme de que ha regresado.

—Muy bien —contestó Holt.

Delaney sonrió, a la vez que sacaba un pequeño fajo de billetes.

—Para sus gastos —dijo—. Ah, no me llame a la oficina para anunciar su vuelta; repito que yo le llamaré.

—Entendido, señor Delaney.

El visitante cerró su portafolios y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirse volvió.

—¿Hace mucho que se conocen usted v Olea? —preguntó:

Holt hizo un gesto inequívoco con la mano derecha.

—Desde que éramos así, unos renacuajos que no alzábamos dos palmos del suelo. Pero luego, cuando yo fui a la Universidad, nos separamos y...

—Entiendo. Muchas gracias, señor Holt.

—Buenas noches, señor Delaney.

Al quedarse solo, Holt miró los billetes que le había entregado su visitante. Silbó.

Tenía motivos para ello, había veinte billetes de cien dólares.

De pronto, oyó una risita a su espalda.

—Parece un avaro contando las monedas de oro de su tesoro —dijo una mujer, que había entrado en la casa, sin que él se diera cuenta.

Holt giró en redondo. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios:

—¡Olga Cavendish!

* * *

Olga avanzó, ondulante, sinuosa, con la sonrisa en los labios. Mientras caminaba, lanzó a un lado la costosa estela de armiño que cubría sus hombros, ahora al descubierto por el descomunal escote de su vestido, y puso las manos sobre los hombros del joven.

—Iba a entrar, cuando vi a Marvin, pero, por fortuna, él no me vio a mí y decidí esperar a que se marchase —manifestó.

—Marvin.. Te refieres al señor Delaney —carraspeó Holt,

—Sí. ¿Por qué ha venido aquí, Spike?

—Soy su empleado. Me ha encomendado un trabajo de cierta importancia —contestó el joven evasivamente.

—Ah... Marvin siempre anda metido en negocios... No sé cómo tiene tiempo siquiera para sonarse las narices...

Olga se acercó un poco más v frotó su nariz con la de Holt.

—¿Qué tienes de beber por aquí? —pidió mimosamente.

—Cerveza y whisky —contestó él.

—Whisky —dijo Olga—, Me habría gustado más una copa de champaña, pero es preciso conformarse con lo que hay.

—Lo siento, dulzura. Un día seré rico y beberás champaña hasta con las judías con tocino.

Olga se echó a reír. Sentada en el diván, cruzó las piernas. La laida, muy ajustada, se subió casi hasta las caderas.

Holt le entregó un vaso, sin quitar la vista de aquel fascinante panorama de encajes y seda negra. Chocó su vaso con el de Olga y volvió a hablar:

—Y bien, ¿qué haces ahora, hermosa?

—Nada. Soy la fulana de Delaney —contestó ella con todo desparpajo. Hizo una mueca—. Un modo de ganarse la vida como otro cualquiera.

Holt calló durante unos segundos. Sí, Olga había cambiado mucho en aquellos años... y lo más acentuado de su cambio no era precisamente el nombre.

—¿Está casado Delaney? —preguntó al cabo.

—Se divorció hace un par de años. Ahora piensa que lo mejor es tener una amante, a la cual poder despedir cuando se le antoje.

—¿Te agrada esa perspectiva?

—Me lo tomo con filosofía. Delaney se porta bien conmigo. Paga mis facturas de ropa... y me da un sueldo mensual muy aceptable. Si esto dura un par de años, tendré lo suficiente para comprar la granja de nuevo. —Olga meneó la cabeza—. He aprendido mucho de la vida en las grandes ciudades. No es agradable, por mucho que lo parezca.

—Ya. Entonces, quieres volver a tu vida primitiva.

—Al menos, esas son mis intenciones para dentro de unos años. Pero dejemos esto. Ven, siéntate a mi lado, Spike.

Holt obedeció. Olga se le acercó hasta que los dos cuerpos estuvieron muy juntos. Los ojos de Holt se perdieron en el fascinante escote de la joven, en el que dos rotundas semiesferas de carne blanca y perfumada amenazaban con

saltar fuera. De pronto, sin poder contenerse, metió una mano en el escote y aprisionó uno de los senos.

Olga emitió una risita.

—Spike, ¿cuánto tiempo hace que no tocabas una cosa así?

Holt la miró fijamente al fondo de los ojos.

—Entonces no pasábamos de las distracciones... manuales.

—Hubiera sido una imprudencia —dijo ella.

—¿Y ahora?

—La imprudencia sería no hacer ahora lo que entonces no podíamos hacer —contestó Olga desenfadadamente.

Entonces, Holt bajó la cremallera de la espalda del vestido y dejó al descubierto el espléndido peche de la joven.

—No los viste antes como ahora —sonrió ella.

Holt se puso en pie y agarró una de sus manos.

—Vamos —dijo roncamente—. Hay una cama; es preciso utilizarla.

—Pero no para dormir —rió ella.

—No vamos a pegar ojo en toda la noche— aseguró Holt.

Olga estiró los brazos voluptuosamente y luego dio media vuelta, quedando boca abajo en la cama.

—Spike, eres terrible —dijo—. Nunca me había pasado una cosa semejante.

—Alguna vez tenía que ser la primera, ¿no? —sonrió Holt, satisfecho de saber la opinión que Olga tenía de su hombría.

—Parecías un caníbal —suspiró Olga—. Pero, ¡qué maravilloso también! Lo que nos perdimos entonces, ¿eh?

—Habrías quedado preñada y... menudos jaleos. Entonces, y menos en aquellas comarcas, no era como ahora. Una madre soltera, de dieciséis años, vaya un follón...

Sentado en la dama, Holt recorría la blanca espalda de la joven con el índice. De pronto, vio una marca que le hizo fruncir el ceño.

La señal estaba en el omoplato izquierdo, al final, de tal modo que casi quedaba en la cintura. Tenía unos cinco centímetros de lado y una forma extraña.

—Olga, ¿qué es esto? —preguntó él.

La joven se sentó bruscamente en la cama.

—Lo has visto —dijo.

—Estás desnuda —le recordó Holt.

Olga se mordió los labios.

—Ya no me acordaba —dijo—. De lo contrario, habría procurado que no me lo vieses.

—¿Por qué ¿Es algo malo?

—Se trata de una época de mi vida que no quiero recordar siquiera. Me marcaron como si fuese una res, ¿comprendes?

—Sí, se ve... pero pudiste haber recurrido a la policía...

—Bastante tuve con salvar el pellejo, Spike —contestó Olga.

—Es extraño... Cuéntame, por favor—pidió Holt.

Olga se estremeció fuertemente.

—Te lo diría todo, pero.. Oh, no, no me obligues —dijo con voz crispada —. Quiero olvidarlo, ¿comprendes?

De repente, alargó los brazos y se colgó del cuello del joven. Holt sintió contra su torso desnudo el cálido contacto de los senos de Olga, que vibraban con los estremecimientos que sacudían su cuerpo con inexplicable violencia. Extrañamente, aquel contacto no despertó en él la menor sensación de deseo.

—Fue horrible, horrible. . Creí que no podría escapar... —Olga le miró con los ojos llenos de humedad— Algún día te lo contaré todo, querido.

Holt sonrió comprensivamente.

—No te preocupes —dijo—. Lo Importante es que estás viva y que salvaste la vida.

Ella le besó suavemente en la boca.

—Eres un hombre encantador —sonrió.

—Pero pobre.

—No lo lamentes. El dinero no da la felicidad, aunque ayuda a conseguirla. Pero en ocasiones, pesa demasiado.

Holt estudió el rostro de su antigua conocida. Olga sonreía ahora con expresión de tristeza.

—Nunca se sabe lo que se tiene hasta que se pierde —dijo sentimentalmente—. Ahora, yo querría estar en 1a granja... y ya ves...

—Estás conmigo, pero algún día volverás allí.

—Eso espero, Spike.

Holt la besó de nuevo. Mordisqueó su labio inferior. Luego derivó hacia la oreja y el cuello. Su boca bajó más todavía y acarició los duros vértices de los senos femeninos. Olga gemía, con la mano crispada sobre la nuca del hombre, aplastándole la cara contra su pecho De pronto, lanzó un ronco gemido:

—Ahora, Spike, ahora... Ven, ven...

Olga despertó ya tarde. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba sola en la cama. Oyó ruido por el interior de la casa, pero supuso que debía de ser Holt, trasteando en el cuarto de baño.

De pronto lo vio asomar por la puerta del dormitorio, ya vestido v con un maletín en la mano.

—Cariño, la casa es tuya —dijo Holt sonriendo—. En el frigorífico tienes víveres. Hay café en la alacena, galletas, mermelada... en fin, prepárate un desayuno a tu gusto.

—Te vas de viaje —adivinó Olga.

—Sí, pero estaré fuera un par de días, tres a lo sumo.

—¿Vas muy lejos?

—A un pueblo situado a setenta millas, que se llama Camden Harbor. Deja la llave bajo el felpudo, por favor. Adiós, encanto.

Olga estiró el brazo, pero Holt había dado ya media vuelta. Cuando quiso

recobrar el habla, era ya demasiado tarde.

Durante unos segundos, estuvo temblando como si padeciese alguna extraña enfermedad. Luego hizo un esfuerzo y consiguió desechar sus temores.

—Es sólo una casualidad —murmuró—. El no tiene por qué ir a aquella abominable mansión.

CAPITULO IV

La casa estaba situada en la ladera de una colina de forma puntiaguda y era preciso llegar por medio de un sendero que zigzagueaba con curvas muy cerradas. La incomodidad era patente, pero una vez arriba se disfrutaba de una vista excepcional, reconoció Holt, mientras cortaba el contacto de su coche.

Contempló el edificio durante unos segundos, muy viejo, indudablemente, y le pareció que lo había visto antes. «No puede ser, nunca he estado aquí», se dijo, mientras abría la portezuela del coche.

Puso el pie en el suelo y entonces creyó que se le cortaba la respiración.

—Ya lo creo que he visto antes esta casa —murmuró.

El edificio era un doble exacto de Derwenton's House. ¿Quién había construido dos mansiones tan absolutamente iguales? ¿Por qué semejante capricho?, se preguntó.

Sólo cabía una explicación: el dueño había sido persona de costumbres invariables, absolutamente fijas, y cuando se trasladaba de la ciudad a Camden Harbor y viceversa, quería evitar toda alteración en la rutina de su existencia.

Y desde las dos casas se descubría un panorama espléndido, terrestre en un caso, marítimo en el otro. Desde allí podía ver el pueblo, la bahía, el pequeño puerto, algunas velas blancas...

«Un hombre rutinario, pero con fortuna y buen gusto», calificó mentalmente, mientras avanzaba hacia la mansión.

Una mujer abrió la puerta poco después.

—Soy Holt —se presentó—. Traigo un mensaje para el señor Endicott, de parte de su amigo el señor Delaney.

—Pase, señor Holt —dijo la mujer—. Soy Abigail, el ama de llaves.

—Encantado.

Holt fue conducido a un gabinete de trabajo, antiguo, con muebles de madera oscura y en el que se reflejaba todo el encanto de una época ya muerta. Detrás de la mesa de despacho, colgado de la pared, vio el retrato de una mujer, ataviada a la moda de principios de siglo.

El retrato había sido hecho cuando ella contaba unos cuarenta años de edad, pero aún se mantenía en todo el esplendor de su belleza. El vestido era de color blanco marfil y los encajes habían sido reproducidos con absoluta fidelidad. Estaba junto a una ventana, a través de la cual se divisaba un paisaje, que Holt reconoció en el acto. Era el panorama que se veía desde Derwenton’s House.

En el ángulo inferior del cuadro vio algo que parecía una firma. Al acercarse un poco más, vio, enormemente sorprendido, que era el mismo dibujo que una mano sádica había grabado a fuego en la espalda de Olga.

Tres rayas horizontales, cruzadas por otra vertical. ¿Qué significado tenía aquel dibujo?

Levantó los ojos hacia el rostro de la mujer retratada. Entonces, lleno de asombro, reconoció aquellas facciones, pese a la diferencia de edad.

—Dios mío, es Elisa Derwenton —murmuró.

Allí, Elisa aparecía con el pelo dorado y las facciones más llenas, pero, no obstante, el parecido era asombroso. Aquel retrato, ¿tenía alguna relación con dos casas absolutamente iguales, situadas en lugares distintos?

De pronto, oyó ruido a su espalda. Se volvió.

—Soy Endicott —dijo el hombre.

* * *

Holt lo contempló en silencio durante un segundo. Endicott aparentaba unos cuarenta años y era muy alto y delgado, con pómulos salientes y mejillas chupadas. El pelo era negro, terminado en pico sobre la frente y peinado de una forma ya pasada de moda. Incluso se ponía brillantina, estimó el joven.

—Me llamo Holt —dijo—. El señor Delaney me envió a traerle un sobre.

Se lo entregó. Endicott lo dejó con indiferencia sobre la mesa.

—Tiene que esperar la respuesta —dijo.

—Sí, señor.

—Quizá esté lista mañana, pasado todo lo más tarde. Puede hospedarse en «El Pez Espada». Hay una taberna, «The Old Sailor», que también alquila habitaciones, pero no se la recomiendo. Vaya mejor al «Pez Espada». Dígale al dueño que va de mi parte.

—Sí, señor.

Holt entendió que ya no tenía nada más que hacer en aquella casa y se encaminó hacia la puerta.

—Le avisaré cuando tenga lista la contestación —dijo Endicott.

—Muy bien, señor.

Holt se dirigió hacia la puerta. Cuando ya se disponía a salir, oyó la voz de Endicott y se volvió.

—El señor Delaney le eligió porque estima que es usted muy discreto —dijo Endicott.

—Así es, en efecto.

—Gracias, señor Holt.

El joven abandonó la casa, profundamente intrigado. ¿Qué ocurría allí?, se preguntó. ¿Por qué le pagaban un sueldo principesco, para no hacer nada más que llevar una carta... y además le habían dado dos mil dólares como gratificación para gastos?

En su mente empezó a infiltrarse un difuso sentimiento de que se trataba de un asunto nada claro. Pero, en medio de todo, no tenía que hacerse ningún reproche. Fuese lo que fuese, él era completamente ajeno a la cuestión.

Volvió al coche. Entonces vio que había un papel en el asiento contiguo. Asombrado lo recogió y leyó un singular mensaje:

«La próxima vez que venga, deje abierto el maletero del coche.»

* * *

Asomado a la ventana de su habitación, Holt contemplaba el neblinoso panorama del puerto, en el que ya se habían encendido las luces, debido a la hora. Jirones de niebla ascendían por las empinadas calles del pueblo y las losas del pavimento estaban ya brillantes.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Adelante.

Un hombre apareció en el umbral. Era el dueño de la posada, Jonathan Wickles.

—Señor Holt, ¿prefiere cenar aquí o bajará al comedor?

—¿Qué me aconseja usted? —sonrió el joven.

—Lo dejo a su elección, señor; usted es el cliente.

—Envíeme la cena, gracias.

—Muy bien, señor.

Wickles se retiró. Holt encendió un cigarrillo. Dos mansiones iguales, una dama muerta cuarenta años antes, pero con la que él había hablado en un par de ocasiones... la cruz de seis brazos, el enigmático mensaje que alguien le había dejado en el coche... ¿Qué sucedía allí?

Pasados unos minutos, llamaron a la puerta. Holt abrió. Una rolliza camarera entró con una bandeja en las manos.

—La cena, señor —anunció.

Holt asintió. La camarera dejó la bandeja sobre la mesa y se dispuso a marcharse. Holt la detuvo con un ademán.

—Por favor..

—Diga, señor.

—Quería hacerle una pregunta... Perdón, ¿cómo se llama usted?

—Nellie Brown, señor.

—Muy bien, Nellie. Por favor, dígame, ¿de quién es la casa de Master’s Peak?

—El señor Endicott vive en ella, señor

—Pero ¿es suya?

Nellie se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. —Bajó la voz—. Lo único que puedo decirle es que en este pueblo no tiene simpatía. Nunca tuvieron simpatías los que vivían en Master's Peak. ¿No se da cuenta de lo que significa el nombre?

—El pico... el cerro del amo...

—Justamente, señor. Hubo un tiempo en que los dueños de Master’s Peak se creían también los dueños de Camden Harbor y de todos sus habitantes. En realidad, poseían casi todas las casas y podían echar a cualquiera sólo con alzar un dedo.

—Y ya no es así.

—No, señor. La señora Derwenton lo cambió todo. Ella hizo que las casas fuesen propiedad de quienes las ocupaban... —Los ojos de Nellie chispearon

—. Por eso se dice que murió asesinada.

—Ah, muy interesante —comentó Holt, pensando en que aquel era un dato que no figuraba en la «Historia de Derwenton's House»—. ¿Se sabe quién la asesinó?

—Se supone que fue su administrador, Henry Delaney, pero nunca se pudo probar... Master's Peak es un lugar horrible, señor —aseguró la camarera—. Yo no iría allí después de anochecido, por todo el oro del mundo.

Holt se sentía terriblemente intrigado por el relato de la camarera. De modo que un Delaney había tenido algo que ver con Elisa Derwenton. Seguramente, había sido el padre del actual Delaney, se preguntó. Este, cuarenta años antes, apenas si debía de andar a gatas, calculó.

—¿Sucede algo malo? —preguntó.

La voz de Wickles sonó abajo, bronca, irritada:

—¡Nellie, aquí hay trabajo!

—Sí, señor —contestó la camarera a voz en cuello—. Ahora mismo... —Bajó el tono—. No vaya nunca a Master's Peak de noche, señor.

Holt sonrió para sí. Temores, supersticiones, leyendas... pero también un fondo de realidad y una buena parte de misterio.

Mientras cenaba, pensó en Elisa Derwenton. Era una impostora, claro, pero ¿por qué iba a hacer una cosa semejante? ¿Por qué tenía que desempeñar aquel papel delante de alguien perfectamente desconocido y que no tenía nada que ver con la historia, como era él?

Durmió placenteramente, a pesar de todas sus aprensiones. Por la mañana despertó perfectamente descansado. Se aseó y vistió y, cuando se disponía a bajar al comedor, le trajeron el desayuno.

La portadora de la bandeja era una mujer gruesa, de casi cincuenta años. A Holt le extrañó verla en su cuarto.

—¿Dónde está Nellie? —preguntó.

—Se despidió anoche, señor —contesto la mujer—. Yo soy Roña, la señora Wickles. Estas jóvenes de hoy día no tienen cabeza, ni formalidad, ni palabra. ¿Desea algo más, señor?

—No, muchas gracias, señora Wickles.

Holt atacó el desayuno, preguntándose si era cierto que Nellie se había despedido voluntariamente. «O la han despedido», se dijo. Los Wickles no le gustaban en absoluto. Eran secos, ariscos, nada amables, salvo lo justo; silenciosos, como si ocultasen algo... Si se trataba de algún asunto nada honesto, no cabía la menor duda de que estaban relacionados con Endicott.

Al día siguiente, por la mañana, recibió una llamada de Endicott:

—Ya tengo dispuesta la contestación. Venga a buscarla, señor Holt.

—Muy bien, iré en seguida.

Holt se arregló rápidamente, bajó a recepción y liquidó su cuenta. Salió a la calle, arrojó el maletín al asiento posterior y subió al coche contento de alejarse de un lugar nada agradable. Eran las diez de la mañana. Con un poco de suerte, estaría en casa a mediodía.

A Mary Tanner, pensó, le gustaría mucho conocer la fantástica historia de una casa doble. El sábado, dos días más tarde, irían a Derwenton's House. Allí había un misterio que deseaba aclarar.

El ama de llaves le recibió con cortés frialdad. Endicott apareció a los pocos momentos, con un sobre en las manos.

—Déle mis saludos más cordiales al señor Delaney —dijo.

—Así lo haré, señor Endicott. ¿Algo más?

—No, eso es todo. Buen viaje, señor Holt.

—Gracias, señor.

Holt abandonó el despacho y cruzó el vestíbulo. ¿Estaría en el maletero el autor de la nota?

Procuró ocultar su nerviosismo y sonrió al ama de llaves, cuyo rostro impasible no se alteró en absoluto. Salió de la casa, subió a! coche y enfiló el camino que conducía a Camden Harbor.

Antes de llegar al pueblo, había una bifurcación que permitía el acceso a una carretera secundaria, que se dirigía hacia el exterior. Holt enfiló la carretera y, durante unos minutos, rodó con mesurada velocidad. De pronto, vio un sendero que se adentraba en el bosque cercano y lo tomó sin vacilar. Cuando abriese el maletero, no quería tener testigos cerca y, aunque no demasiado espeso, había suficiente tráfico como para no hacer la operación a la vista de otras personas.

A los mil metros se detuvo, al otro lado de una curva, en una zona particularmente frondosa. Paró el coche, se apeó y fue hacia atrás. Abrió la tapa del maletero y sintió una especie de golpe en el estómago.

La mujer que estaba en el maletero había muerto, no cabía la menor duda. El cordón que tenía en torno a su cuello lo probaba de un modo irrefutable.

Estaba encogida sobre sí misma, con la cara hacia adelante, en el sentido de la marcha del automóvil, por lo que su espalda daba a los horrorizados ojos de Holt. El vestido aparecía desgarrado en parte y ello permitía la visión de la marca que Olga también ostentaba en su espalda.

Tres rayas horizontales, cruzadas por una vertical... ¿Qué significaba aquella siniestra marca?

Al cabo de un rato, Holt bajó la tapa del maletero. Alguien había asesinado a aquella desconocida, y no era eso lo peor, sino que querían cargarle con el crimen.

Durante unos minutos, permaneció indeciso. Luego miró a su alrededor.

El día era excelente y la temperatura muy agradable

No tenía prisa ninguna en regresar a la ciudad. Ni tampoco sentía deseos de que una patrulla de carreteras echara un vistazo a su maletero.

Eran las cuatro de la mañana, cuando Holt, con absoluto sigilo, dejaba el cadáver de la desconocida, apoyado contra la puerta trasera de Master's Peak. Era una mujer joven; había sido muy hermosa. Holt recordó las aprensiones de Olga, recordó también las palabras de Nellie... Pero no sentía el menor deseo de verse involucrado en un crimen. Con las mismas precauciones que a



su llegada, abandonó Master's Peak y, ahora sí, emprendió resueltamente el viaje de vuelta.

CAPITULO V

Delaney no dio señales de vida el viernes. Estaría fuera, pasando el fin de semana, en la agradable compañía de Peggy Miller, ahora Olga Cavendish, nombre que parecía resultar de orígenes más nobles. Por tanto, a la mañana siguiente, a las diez, estaba en la puerta de la casa de Mary Tanner.

La muchacha apareció a los pocos instantes, con un radiante aspecto juvenil que encantó a Holt. Mary vestía una camisa a cuadros blancos y rojos, muy pequeños, un vistoso chaleco azul y pantalones vaqueros. En torno a la cabeza llevaba un estrecho pañuelo rojo.

—Ya ha vuelto de su viaje —dijo.

—Estoy aquí —sonrió Holt—. Es un pueblo muy pequeño, que vive exclusivamente de la pesca. Ni siquiera tienen souvenirs pintorescos; le habría traído uno con mucho gusto.

—No se preocupe. ¿Lo ha pasado bien?

Holt pensó en los sucesos de que había sido protagonista. ¿Qué habría hecho Endicott al ver que le devolvían la «pelota»?

—Sí, muy bien. Y, además, he visto algo muy interesante... pero se lo contaré por el camino.

Abrió la puerta y Mary se sentó en el coche. Luego él ocupó su puesto tras el volante.

—Mary, ¿ha estado usted alguna vez en Derwenton's House? —preguntó, después de haber arrancado.

—No, nunca.

—¿Ha hablado con sus padres sobre esa mansión?

—He hablado con mi abuela, que conoce muchos datos de la historia, no reflejados en el libro.

—¿Qué le ha dicho de Elisa Derwenton?

Mary dudó un momento.

—Eran muy amigas —dijo—, aunque Elisa le pasaba casi quince años. Pero un día, de pronto, dejaron de verse. Al cabo de un tiempo, mi abuela telefoneó a Derwenton's House y le dijeron que Elisa estaba muerta.

—¿Quién se lo dijo?

—Henry Delaney, su administrador.

—Delaney —repitió Holt, meditabundo—. ¿Sabe si su abuela fue alguna vez al cementerio, para visitar la tumba de su amiga?

—Pues... estuvimos el año pasado —respondió Mary—. Mi abuela quería ver la tumba de sus padres. Pasó una pequeña depresión y decía que pronto iba a morir, pero se recuperó pronto. Yo la acompañé y ella me enseñó la tumba de su amiga Elisa.

—¿Le dijo algo sobre las causas de la muerte de Elisa?

—No, no sabía nada... Spike, ¿por qué hace tantas preguntas?

Holt meneó la cabeza.

—Yo he estado hablando con una anciana que dice llamarse Elisa Derwenton y que tiene la misma edad que tendría la auténtica Elisa si viviera. Lo curioso del caso es que se parece enormemente a ella.

—¿Cómo puede decir eso, si no la pudo ver, porque ni siquiera había nacido usted, cuando ella murió? —se asombró Mary.

—Puedo decirlo —aseguró el joven—. Pero ya le daré más detalles, después de que hayamos visto Derwenton's House. Lo que sí sé es que Elisa murió asesinada.

—¡Dios mío! Cuando lo sepa la abuelita...

—Por el momento, no tiene por qué contárselo, Mary.

—.Spike, dígame, ¿quién le ha contado una cosa así?

—He estado en Camden Harbor. Me he enterado de muchas cosas. Y aún podría saber más, si no hubiese alguien interesado en que se guarde silencio acerca de ciertos sucesos ocurridos hace cuarenta años.

—Pero esto es terriblemente intrigante, Spike —exclamó la muchacha—. ¿Quién mató a Elisa?

—Según mis informes, el mismo que dijo a su abuela que Elisa había muerto.

—Henry Delaney.

—El mismo.

Mary entornó los ojos.

—El hijo de Delaney es hoy una potencia financiera en la ciudad —murmuró.

—Lo sé, yo trabajo para él —declaró Holt.

—Oh, no lo sabía.

—No es un trabajo demasiado importante ni que me relacione a menudo con él. A decir verdad, sólo le he hablado un par de veces.

Holt se preguntó qué podía contener el misterioso sobre, que aún estaba en su portafolios. Pero aún le preocupaba más la desconocida joven, cuyo asesinato habían pretendido achacarle. Sin embargo, era preciso desprenderse de aquellas preocupaciones. Trató de concentrarse en el presente y añadió sonriendo:

—Si alguien me preguntase qué clase de individuo es, no podría contestarle.

Mary reclinó su cabeza en el asiento.

—¿Sería correcto preguntarle por Elisa Derwenton? —sugirió.

—Él es el hijo, y el sospechoso de asesinato es su padre... si vive. Si ha muerto, ya nada se le puede probar; además, por la edad, Marvin Delaney no pudo saber nada y quizá su padre no lo mencionó jamás el asunto.

—Es probable —convino la muchacha.

Un cuarto de hora más tarde, Holt detenía su coche frente a Derwenton's House.

* * *

Mary se sintió terriblemente impresionada al ver el estado de abandono en que se hallaba la propiedad. El silencio era absoluto, a excepción del rumor de unas palomas que se arrullaban en lo alto del tejado. Para la muchacha, resultaba incomprensible la situación actual de Derwenton's House.

—¿Cómo es que nadie se ha cuidado en tantos años? —murmuró, hondamente afectada por lo que estaba viendo—. Parece como si fuese a derrumbarse, sólo con empujarla con una mano,

—El edificio es sólido y puede resistir impunemente otro medio siglo. Adecuadamente conservado, podría durar casi una eternidad —dijo Holt.

Avanzó hacia la casa. A la puerta principal se llegaba por una escalera de cinco peldaños, terminada en un descansillo, protegido por una marquesina sostenida por cuatro columnas. El dintel de la puerta era un arco de medio punto, con una gruesa piedra clave en la que se había esculpido la fecha del año en que fue terminada la casa: 1894. «Lo mismo que Master’s Peak», recordó Holt.

—Está cerrada, no se puede entrar —dijo Mary.

Holt alargó la mano y asió un grueso picaporte, que giró sin dificultad, aunque con un fuerte chirrido, debido a la falta de grasa. Sorprendido, se volvió hacia la joven.

—Pues sí, se puede entrar —sonrió.

Empujó la puerta. El chirrido de sus bisagras oxidadas parecía el lamento de un alma en pena. Holt cruzó el umbral y contempló detenidamente el panorama que había al otro lado.

El suelo estaba cubierto de una espesa capa de polvo, en la que se advertían algunas huellas impresas, sin duda de animales salvajes que habrían entrado en la casa a merodear, utilizando algún hueco no cerrado. A! fondo había una escalera que conducía al primer piso y al ático. A la derecha se divisaba la puerta que daba al salón.

Los muebles habían sido enfundados, pero la tela estaba podrida y había desaparecido casi por completo. Del techo colgaban enormes telarañas que, en algunos puntos, parecían cortinas. Súbitamente, se oyó un ligero revoloteo. Mary emitió un grito de susto.

—No tema, son murciélagos a los que hemos despertado de su sueño diurno —dijo Holt.

—Esto... impresiona —murmuró la joven—. Parece como si en cualquier momento fuera a surgir un fantasma... —Se volvió hacia Holt—. Spike, ¿cómo es posible que esta casa haya permanecido abandonada tantos años, sin que nadie se cuidase de ella?

—¿Por qué no le hace la misma pregunta a su abuela? —sugirió él—. Si alguna persona puede decirnos algo de Derwenton's House, es ella, me parece.

Mary asintió.

—Hablaré con ella cuando vuelva a casa —manifestó.

Por su parte Holt había dejado ya de sorprenderse. La disposición interior

de Derwenton’s House, muebles incluidos, tenía una absoluta similitud con la de Master's Peak El dueño de las dos propiedades no debía de estar muy bien de la cabeza. Y, además, le sobraba el dinero. De otro modo, no se comprendía la construcción y decoración de dos casas, de forma totalmente idéntica en ambos casos.

De pronto, vio una puerta y se dirigió hacia ella con paso vivo. Apartó a manotazos unas telarañas, asió el picaporte y lo hizo girar.

El despacho estaba a oscuras. Holt abrió sucesivamente las dos ventanas, y la luz entró a torrentes en la estancia. Mary lanzó un pequeño grito a continuación:

—¡Spike! ¿Quién es esa mujer?

Holt se acercó al retrato, situado exactamente tras la mesa de trabajo, y lo contempló en silencio durante algunos momentos. Era una copia exacta del retrato que había visto en Master's Peak, con la salvedad de que en el que estaba viendo ahora, se divisaba el paisaje del puerto de Camden Harbor. Todo lo demás, era absolutamente igual... incluyendo la marca de tres líneas horizontales, cruzadas por una raya vertical, al pie de la tela.

Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la muchacha y dijo:

—Mary, aquí tiene a Elisa Derwenton, tal como era hace cuarenta años.

Ella permaneció en silencio durante largo rato. Al fin, murmuró:

—Fue una mujer muy hermosa, sin duda. Spike, ¿cree que hacemos bien estando aquí tanto rato?

—Me gustaría dar una vuelta por la casa —manifestó él—Después, si no tiene inconveniente, le contaré unas cuantas cosas que le han de interesar.

—Sí, con mucho gusto —accedió Mary.

* * *

—De modo que en Camden Harbor hay una casa idéntica a ésta —dijo Mary una hora más tarde, cuando Holt le hubo contado todos los sucesos de que había sido protagonista.

—Sí, como si por arte de magia las hubieran podido reproducir con un mismo molde. La única diferencia son los paisajes en los retratos, ya se lo he dicho. Pero todo lo demás, salvo en el caso de Derwenton’s House y debido al lógico abandono en que ha estado durante tantos años, es de una exactitud asombrosa. Allí, la casa está en plena actividad y aquí está abandonada; es la única diferencia —expresó Holt.

—Y dice que se ha encontrado con Elisa Derwenton ..

—Por dos veces. No soy alcohólico ni tomo drogas; de cuando en cuando, bebo una cerveza y fumo muy moderadamente. Las horas en que vi a Elisa no eran tampoco extemporáneas; una vez por la tarde y otra poco después de mediodía, y en ambas ocasiones, a plena luz del día. Jamás había oído hablar de Derwenton’s House hasta que me encontré con Elisa, de modo que mal puede suponerse que me he, inventado esta historia.

—Yo le creo, pero, al mismo tiempo, me parece muy fantástico —dijo Mary—. ¿No ha podido tratarse de alguien que quiso gastarle una broma?

—¿Qué objeto tendría, Mary? Por otra parte, Elisa me profetizó una mejoría en mi situación y ha sucedido así. Aunque también me dijo que huyera cíe la cruz de seis brazos. Eso sí que es extraordinario, ¿verdad?

—Una cruz de seis brazos —repitió la muchacha—. Jamás había oído una cosa semejante. No puedo ni siquiera concebir cómo es una cruz de esa clase.

—Voy a sugerirle una idea, Mary —dijo él de pronto.

—¿Sí, Spike?

—Hable usted con su abuela; procure enterarse del mayor número de detalles. Mientras, yo haré otra cosa.

Ella le miró inquisitivamente.

—Elisa murió hace cuarenta años —siguió Holt—, ¿Hubo herederos? Debía de ser una mujer de excelente posición económica, pero ¿no había familiares que pudieran reclamar sus bienes?

—Quizá mi abuela sepa algo —opinó Mary.

—Pregúntele también. Mientras, yo investigaré.

—¿Dónde, Spike?

—En alguna parte debe de haber un testamento de Elisa. Conozco a un abogado que puede ilustrarme sobre el particular. Pero no podré hacer nada hasta el lunes.

—Nadie nos atosiga —sonrió Mary. Y, de pronto, exclamó—: Spike, ¿qué es eso?

Holt volvió la cabeza. Mary señalaba con la ruano hacia un punto de la pared posterior de la casa, ya que en aquellos momentos se hallaban en aquella parte. Aquella pared parecía en cierto modo independiente del edificio y formaba parte de un aditamento que desentonaba un tanto del conjunto.

Holt se acercó a la pared. A metro y medio del suelo se veía la marca de las tres rayas horizontales, cruzadas por la vertical, marca trazada sobre la argamasa que cubría el muró.

¿De quién era aquella misteriosa firma?

¿Tenía algún significado especial?

CAPITULO VI

El lunes por la mañana, Holt recibió una llamada de la secretaria de Delaney.

—El señor Delaney le ruega acuda a su despacho a las diez en punto, señor Holt.

—Muy bien —contestó el joven—. Seré puntual.

Delaney le recibió con la sonrisa en los labios.

—Debía haber ido a visitarle el viernes, pero tuve que salir inesperadamente —manifestó—. ¿Un cigarro, amigo Holt?

—No, muchas gracias. Le he traído el sobre que me dio el señor Endicott para usted...

Holt abrió el portafolios, sacó el sobre y se lo entregó a su destinatario. Delaney, después de sopesarlo un par de veces, lo dejó a un lado.

—Muchas gracias, Holt; de veras se lo agradezco.

Holt se puso en pie.

—Soy yo el que debe estar agradecido —sonrió—. Estoy cobrando un sueldo principesco, por no hacer nada...

—Su discreción lo vale —dijo Delaney—. No se preocupe y siga como hasta ahora.

—Sí, señor.

Holt no quiso seguir hablando. Era evidente que a Delaney no le gustaba que profundizase en el tema. Y, por otra parte, no tenía nada que reprocharse. Ni siquiera de la muerte de aquella bella desconocida de la que, con toda seguridad, Delaney estaba absolutamente ignorante.

Era cosa de Endicott y algún día tendría que responder por aquel crimen.

Media hora más tarde, estaba en el despacho de un conocido suyo, llamado Lewis Sharkey, abogado de profesión. Sharkey le miró recelosamente cuando supo lo que pretendía su visitante.

—¿Qué interés tienes tú en Derwenton's House? —preguntó.

—Digamos... interés arquitectónico, Lewis —contestó Holt evasivamente.

—¡Hum! —Dijo el abogado—. Conozco tu oficio y sé lo que te pasó con Steiner, pero no me parece que...

—Lewis, te he pedido un favor y estoy dispuesto a pagar tus honorarios —declaró el joven con firmeza—. Considérame un cliente y no un arquitecto fracasado... máxime cuando todavía no he podido terminar la carrera.

—Algún día la acabarás, ¿no?

—Eso espero. Bien, ¿qué me dices sobre el particular?

Sharkey, unos cinco años mayor que Holt, se reclinó en su butacón y empezó a rascarse la nariz con el índice.

—Henry Delaney se retiró de los negocios hará unos veinte años —dijo pensativamente—. Debía de tener entonces unos cincuenta años, quizá algunos menos, y fue su hijo el que tomó las riendas de sus empresas, no

demasiado importantes todavía. Ha sido después cuando se ha producido esa fulgurante ascensión... y es que el muchacho lo vale.

—¿Muchacho? —Rió Holt—. Es un poco madurito, ¿no?

—No creas. Tengo la sensación de que no ha cumplido aún los cuarenta años. Pero, vamos, esto no tiene importancia, me parece.

—No, ninguna. De modo que Henry Delaney se retiró.

—Algunos dicen que fue el hijo el que lo retiró. Yo no estoy en condiciones de afirmar nada en un sentido u otro. Pero ¿por qué te interesa tanto?

—Es el posible testamento de Elisa Derwenton el que me interesa —manifestó Holt—. Ella murió hace cuarenta años, asesinada, según rumores.

—Nunca había oído nada semejante —declaró Sharkey—. Claro que estamos hablando de acontecimientos que se produjeron cuando aún no habíamos nacido ninguno de los dos.

—Eres un buen abogado y tienes fama de saber utilizar tu olfato —sonrió Holt—. Ponte a trabajar de inmediato y avísame en cuanto sepas algo.

—Vete tranquilo, Spike.

Holt abandonó el despacho y salió a la calle. Veinte minutos más tarde, llamaba a una puerta.

* * *

Olga Cavendish abrió, sorprendiéndose enormemente de ver a Holt en su casa.

—¡Spike! ¿Qué te trae por aquí? —exclamó.

—Deseo hablar contigo; Olga —dijo el joven.

Ella le miró penetrantemente. Vaciló un instante y acabó por echarse a un lado.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció.

—¿Hay café?

—Lo tendré en seguida —dijo ella.

Olga desapareció en el interior de la casa y volvió a los pocos momentos con una bandeja en las manos. Sirvió el café v se sentó en el diván, frente a su visitante.

—¿Y bien, Spike?

Holt removió el azúcar de su taza. Sosteniéndola con una mano, fijó la vista en la hermosa joven que tenía trente a sí.

—Olga, tú has estado en alguna ocasión en un pueblo llamado Camden Harbor —dijo lentamente.

Ella tenía el rostro muy blanco y su respiración aparecía alterada y muy rápida.

—Sí —admitió con un hilo de voz.

—¿Qué te sucedió allí?

—Spike, ¿por qué me lo preguntas?

—Contesta, te lo ruego.

—No puedo...

—¿Por qué? ¿No confías en mí? Crecimos juntos, fuimos a la misma escuela... Lo que hagas ahora no es de mi incumbencia, ni tengo el menor derecho a reconvenirte por nada. Pero sí quiero saber qué hiciste en Camden Harbor.

—No, Spike, por Dios...

—Estuviste en Master's Peak.

Olga apretó los labios. Era una afirmación implícita, advirtió Holt.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Holt.

—Unos... diez meses... ¡Pero no quiero recordar lo que me ocurrió, es demasiado horrible! —gritó ella descompuesta.

—Olga, tienes que decírmelo —pidió Holt—. Te conviene. ..

—Por favor, Spike.

—Tienes una marca en la espalda. ¿Quién te la hizo? ¿Quién te marcó como una res?

Olga respiraba afanosamente. Su frente estaba cubierta de una fina película de sudor. Holt la compadecía íntimamente, dándose cuenta de que su estancia en Master's Peak debía de haber representado para ella una horrorosa experiencia, de tal modo que no quería siquiera evocarla. Pero, al mismo tiempo, sabía que necesitaba la confesión de Olga.

—Habla, por favor —rogo con acento persuasivo.

De pronto, Olga se puso en pie.

—Permíteme un momento... Deja que vaya al baño a retocarme.

—Muy bien, como gustes.

Holt sacó tabaco v encendió un cigarrillo. Sentíase devorado por la curiosidad. ¿Qué le había pasado a Olga en Master's Peak? Debía de haber sido algo horrible..., pero por espantoso que fuese, había conservado la vida, cosa que no se podía decir de la otra joven, en cuya espalda había visto la misteriosa marca. ¿Quién era su asesino?

Transcurrieron unos minutos. Holt consumió el cigarrillo. Olga tardaba demasiado. Impaciente se puso en pie, pero prefirió aguardar todavía un poco más.

Un cuarto de hora después, decidió que era hora de averiguar los motivos de la tardanza de Olga. Fue al baño y lo encontró vacío.

Pasó al dormitorio. La consola tenía dos cajones abiertos. Había un ligero desorden en la pieza.

La ventana, que daba a la escalera de incendios, estaba abierta y el viento hacía ondear las cortinas de muselina. Sobre la almohada de la cama, a la que estaba sujeto con un alfiler, había un papel, con unas cuantas palabras que expresaban claramente la decisión de la joven:

«Perdóname, pero por ahora es imposible hablar, te lo ruego; no intentes buscarme, si me tienes algún aprecio.»

Holt estrujó el papel, tremendamente decepcionado por la inesperada

decisión de la joven. Un detalle, en cierto modo, resultaba consolador: ella había firmado con las iniciales de su auténtico nombre, Peggy Miller.

Resignado, dio media vuelta y abandonó el apartamento.

* * *

—La abuelita se siente terriblemente interesada por lo que está sucediendo —dijo Mary aquella misma tarde.

—Es lógico, puesto que era amiga de Elisa. ¿Le traigo café?

—Gracias, Spike.

Holt fue a la cocina y volvió a los pocos momentos.

—Bien, ¿qué más cuenta la abuela? —preguntó.

—Elisa enviudó relativamente joven y no tuvo hijos. Cuando murió su esposo, debía de tener unos treinta y seis años y era toda una belleza. Aparte de su fortuna personal, heredó toda la de su difunto esposo. ¿Sabe?, casi todo Camden Harbor pertenecía a los Derwenton.

—Ya lo sé —contestó él—. En Camden Harbor se la recuerda mucho. Ella fue quien hizo que casi todos los vecinos tuvieran su casa propia.

—Sí, fue un gesto magnífico. Pero quizá no resultó del agrado de su administrador general, Henry Delaney.

—Si la asesinó, ¿cómo no lo advirtió nadie?

—Hubo rumores, pero no se pudo comprobar nada. Por otra parte, mi abuela sostiene la teoría de que Delaney se quería casar con ella.

—Es muy distinto administrar una fortuna, que ser dueño de la misma, ¿verdad?

—Exacto. Pero Elisa había amado demasiado a su esposo, para volver a casarse de nuevo, aparte de que, metafóricamente, había «heredado» a Delaney, ya que el cargo le había sido otorgado por el difunto Derwenton. Ella, por lo que fuera, le mantuvo en el puesto, pero no accedió a sus pretensiones.

—Y de ahí el asesinato.

—Si es cierto, los motivos ya se conocen —dijo Mary.

—Celos, despecho... —Holt se pellizcó el labio inferior—. ¿Qué más le ha dicho su abuela de Delaney?

—Nunca tuvo tratos con él y después de 1a muerte de Elisa, ya no volvió a oír hablar más de aquel individuo. La ciudad es grande y, muerta Elisa, mi abuela ya no podía tener más relación con Derwenton's House.

—Mary, ¿ha pensado usted alguna vez en el detalle de su parentesco con Elisa?

—Sí, pero nunca le di importancia... Además, es un parentesco muy remoto...

—Pero innegable. Usted me dijo que su abuela y Elisa eran primas en segundo grado. Si no hay otros parientes, si no hay testamento, Derwenton's House les pertenece a ustedes, sin contar otros bienes que pudieron pertenecer

a Elisa.

Mary se quedó repentinamente pensativa.

—Nunca se me había ocurrido tomar las cosas en este sentido —dijo.

—Derwenton's House es una construcción muy sólida y puede restaurarse sin dificultades. Prácticamente, sólo necesita que se quite el polvo y dar una mano de pintura en algunos sitios. Además, en la propiedad debe de estar incluidos los terrenos circundantes., y eso representa algún dinero, me parece.

—Se lo diré a mi abuela —prometió la muchacha—. Sí, resultaría interesante averiguar si hay un testamento...

—Eso es algo que ya está en marcha —dijo Holt—. Tengo un buen amigo abogado y le he encomendado que busque el testamento de Elisa. O, en caso negativo, que se procure una declaración de ausencia de ese testamento. Entonces, su abuela podría formular una petición de adjudicación de los bienes de Elisa, debido al parentesco.

—No sería mala idea —convino la muchacha. Mary sonrió suavemente—: Derwenton's House me gusta mucho. Los fines de semana resultarían ideales en aquellos parajes tan bonitos.

—Y si consiguen que se les atribuya la propiedad, llámenme para encargarme de los trabajos de restauración.

—¿Es usted decorador, Spike?

—futuro arquitecto., cuando termine la carrera cosa que, espero, sucederá dentro de un año.

—Oh, todo un arquitecto —dijo Mary—. Una profesión de prestigio.

—Me gusta y eso es todo.

Mary se levantó.

—Tengo que irme, Spike —dijo, a la vez que le tendía la mano.

—¿Le importa que vaya mañana a almorzar con usted?

—Oh, claro que no... Encantada, desde luego.

—Entonces, nos veremos a mediodía, Mary.

—Sí. Spike.

CAPITULO VII

Los días transcurrían con normalidad, salvo en un aspecto. El paradero de Olga seguía siendo desconocido para Holt. Tres o cuatro veces había ido a su apartamento, pero en ninguna ocasión había conseguido sorprenderla. Empezó a preocuparse por la joven, aunque no tenía por otra parte motivos para denunciar su desaparición a la policía Si Olga quería esconderse, podía hacerlo sin dificultades. Y puesto que rio deseaba hablar de sus experiencias en Master's Peak, lo mejor era desistir de buscarla.

Ciertamente, debía de haber pasado por momentos horrorosos. ¿Qué había sucedido en aquella tétrica mansión?

Por otro lado, su amigo Sharkey no le había podido dar todavía noticias sobre el testamento de Elisa. Seguía indagando en los archivos de la ciudad, pero, hasta el momento, no había obtenido ningún resultado práctico.

Por otra parte, los cheques de la «Delaney Enterprise, Inc.», seguían llegando con toda regularidad. A Holt le repugnaba tener que aceptar una suma semejante, sin trabajar a cambio, pero, al menos, le servía para reanudar los estudios que tanto había descuidado en los últimos tiempos.

Inesperadamente, aquella tarde, Delaney se presentó en su casa.

—Tiene que volver a Camden Harbor, amigo Holt —dijo.

—Muy bien, señor.

—Hará lo mismo que en la ocasión anterior. Salude al señor Endicott de mi parte.

—Sí, señor.

Delaney le entregó un sobre idéntico al anterior. Luego se dispuso a abandonar la casa, pero Holt llamó su atención.

—Señor Delaney...

—Sí, dígame.

—Se trata de una antigua conocida... Olga Cavendish ... Usted ya sabe, nos criamos juntos.. Hace tiempo que no la veo...

—No sé nada de ella —contestó Delaney secamente—. Buenas noches, señor Holt.

—Buenas noches.

Al quedarse solo, Holt se abanicó con el sobre. La falta de noticias de Olga era preocupante, pero, por otra parle, ya era mayorcita para poder tomar una determinación sin ayuda de nadie. Volvería a verla cuando menos ¡o esperase, se dijo.

Mary Tanner llamó a la puerta minutos más tarde.

—¿Tiene alguna noticia, Spike? —preguntó la muchacha.

—No, mi amigo no ha encontrado nada todavía. Dice que hará un par de gestiones más; si resultan infructuosas, le aconsejará a su abuela que presente una demanda.

—Mi abuela no se hace muchas ilusiones Ella piensa que Delaney dilapidó

la fortuna de Elisa.

—En todo caso, está Derwenton's House... y quizá también la casa de Camden Harbor. Son dos propiedades por las que vale la pena luchar, Mary. Dígaselo así de mi parte.

—Sí, se lo diré.

—Yo estaré unos días fuera. Voy mañana a Camden Harbor.

Mary arqueó las cejas.

—¿Tiene que hacerlo?

—Ahora más que nunca —contestó él—. La llamaré en cuanto regrese.

—Muy bien Spike.

Ella dudó un momento, pero luego se fue hacia la puerta.

—Buen viaje —se despidió.

Holt empezó a preparar el equipaje que, por otra parte, no podía ser demasiado voluminoso. A media tarde, llamaron a la puerta.

Abrió. La mujer que estaba al otro lado le resultó perfectamente desconocida.

—¿ Señora ?

—¿Hablo con Spike Holt?

—Sí, en efecto...

—Soy Emily Webster. Le traigo un mensaje de Olga Cavendish.

Holt se estremeció ligeramente. Luego, echándose a un lado, movió la mano derecha.

—Tenga la bondad de pasar, señora Webster.

—Emily, por favor —dijo la visitante. Era joven, unos treinta y dos años, y de figura con sobradas opulencias—. Olga y yo somos muy amigas y ella me ha contado la relación que hubo entre ustedes en el pasado.

—Sí, nacimos en el mismo pueblo y nos criamos juntos... Hace ya semanas que no tengo noticias suyas. ¿Qué hace? ¿Dónde está? ¿Por qué se esconde?

—Señor Holt, mucho me temo que no puedo contestar a esas preguntas, al menos, a todas —dijo Emily, a la vez que abría el bolso—. Pero mejor será que lea la carta que ella me ha dado para usted.

Holt tomó la carta y rasgó el sobre. Emily aprovechó para encender un cigarrillo.

Dentro del sobre había una cuartilla, con un mensaje:

> «Querido Spike: Perdona mi marcha precipitada, pero en aquellos momentos, no podía hacer otra cosa. Todo ha cambiado ahora y estoy en condiciones de contarte lo que paso en Camden Harbor. Además, debo hacerlo.
>
> »Emily te guiará hasta el lugar en que me encuentro. Afectuosamente,
>
> »P. M.»

Sí, era la letra de Olga y estaba firmada con las iniciales de su nombre verdadero. Después de leer la carta, fijó la vista en su visitante.

—Estoy dispuesto a acompañarla, Emily.

Ella sonrió.

—En tal caso, cuando guste, señor Holt.

—Spike, por favor.

—Bueno, Spike... —Emily le miró críticamente—. ¿Cómo se dejó escapar esa tonta un buen mozo como usted?

Holt se echó a reír.

—Nos separamos siendo adolescentes —explicó—. Sólo volvimos a vernos hace algunos meses, pero la buena amistad se conserva siempre. ¿Vamos?

Salieron de la casa. Emily había llegado en su propio coche y dijo que sería conveniente utilizarlo para el viaje, puesto que ella conocía el camino. Holt se alarmó.

—No tardaremos mucho, espero —dijo—. Mañana tengo que salir de viaje...

Poco después, abandonaron la ciudad. Emily dijo que tenía una casita de campo a unos quince kilómetros. Olga, añadió, había estado allí todo aquel tiempo.

—¿Sola? ¿Sin compañía? —se extrañó el joven.

—Estaba un poco rara. Para mí que quería hacer como una especie de examen de conciencia, tomarse una temporada de aislamiento y reflexión, a fin de poder adoptar una decisión sobre su futuro. Naturalmente, yo no podía negarme a dejarle la casa. Ella lo habría hecho igual por mí, ¿no le parece?

—Sí, seguramente. Pero, Emily, dígame, ¿sabe si Olga tenía miedo de algo o de alguien?

Emily frunció el ceño.

—La verdad, no me lo dijo, aunque en ocasiones si me lo parecía. Pero nunca me atrevía a preguntárselo. A veces, conviene ser discreta.

—Sí, desde luego.

Un cuarto de hora después, Emily dejó la autopista, pasó a una carretera secundaria, por la que recorrieron dos kilómetros y luego se desvió por un camino que serpenteaba en las lomas. Cinco minutos más tarde, se detuvieron ante una casita de aspecto rústico, pero, evidentemente, de un tipo prefabricado, una construcción en serie, apreció Holt y que, sin embargo, no dejaba de tener su encanto para cierta clase de gente.

Emily frenó y se apeó de un salto. Las sombras de la noche invadían va el lugar.

—Es raro —comentó—. No veo ninguna luz encendida...

—¿Se habrá marchado? —dijo Holt, alarmado.

Emily extendió la mano.

—Su coche está ahí —dijo, señalando hacia el otro lado de la casa, donde había un voladizo que hacía las veces de garaje.

—Muy bien, entonces, vamos a ver. Quizá esté solamente dormida.

Emily abrió la puerta.

—¡Olga! —llamó.

No hubo respuesta. Holt buscó el interruptor y encendió la luz. La sala estaba desierta.

—Iré a ver en el dormitorio —dijo Emily—. ¡Olga, despierta, por favor! —gritó, mientras cruzaba la sala.

Holt empezó a sentirse muy asustado. A menos que Olga hubiera salido de paseo por el campo...

De repente, Emily lanzó un terrible alarido. Holt corrió hacia el dormitorio. Al llegar a la puerta, sintió que se le cortaba la respiración.

—¡ Dios mío, qué horrible!

Olga yacía sobre la cama, completamente desnuda, con el vientre bárbaramente abierto por un instrumento cortante. Había sangre por todas partes, incluso en las paredes. Era un espectáculo realmente espeluznante y Holt llegó a pensar que iba a vomitar.

A su lado, Emily lanzaba sonidos inconexos. Holt hizo un esfuerzo por recobrarse y agarró a la mujer por la cintura, alejándola de aquel lugar de muerte y sangre.

—Buscaré un poco de coñac —dijo, mientras la hacía sentarse en un diván.

Pero, de súbito, se oyó una fuerte explosión.

Saltaron algunos cristales. Lascas de yeso cayeron del techo. Un jarrón voló fuera de la consola en que se hallaba y se hizo mil pedazos al chocar contra el suelo. En el mismo instante, brotó una atroz llamarada.

Emily volvió a chillar. Holt comprendió que allí corrían un gravísimo peligro.

—Vamos, vamos —exclamó, a la vez que arrastraba a la joven—. Esto se va a convertir en un infierno.

El fuego se propagaba rapidísimamente y su acción más virulenta estaba precisamente en el dormitorio. Con Emily casi a cuestas, Holt logró llegar al exterior y corrió a situarse tras el volante del coche.

Entonces se oyó otra explosión, aunque de tonos menos violentos. El joven comprendió que acababa de estallar una segunda lata de combustible.

—¡Dios mío! —Gimió Emily—: Pero ¿qué ha pasado aquí?

Holt se alejó de la casa unos cientos de metros. Todavía hizo explosión una tercera lata de combustible. Aterrado, se dijo que de la pobre Olga no iban a quedar sino un puñado de cenizas.

¿Por qué?

—Tendríamos que avisar a la policía —dijo poco después.

Emily estaba al borde de un ataque de histeria. Holt se percató bien pronto de que no podía contar para nada con ella. No obstante, tenía una salida. Egoísta, pero dadas las circunstancias, la más adecuada.

—Emily, ¿quién más conocía el paradero de Olga? —preguntó minutos más tarde.

—Nadie, sólo yo...

—Escuche, vamos a hacer una cosa. Por el momento, denuncie sólo el incendio de la casa.

—¡Pero Olga ha muerto salvajemente!

—Y ya no podemos hacer nada por ella. Mire esas llamas; cuando el fuego se extinga, ¿qué cree que quedará de la pobre Olga?

Emily asintió.

—Ni cenizas siquiera —dijo llorando.

—Usted y yo íbamos a pasar la noche en la casa y nos encontramos con el fuego, provocado por algún sujeto irascible. Si se encuentran restos de Olga, diga que eran muy amigas, que le dejaba una llave y que iba allí sin necesidad de decírselo siquiera, ¿comprende? Y, en todo caso, Olga podría cargar con las culpas del fuego, aunque ahora nos parezca egoísta y nada compasivo.

—Sí, sí, pero... ¿quién ha podido hacer semejante barbaridad? Era una chica muy buena, amable, cariñosa con todos...

Holt cerró los ojos un instante. Tardaría mucho en olvidar la horrible visión de Olga desventrada, muerta sádicamente...

Pero había algo que no acababa de comprender. ¿Por qué el fuego?

El asesino había utilizado una pequeña bomba de tiempo, la cual había inflamado el combustible de una lata. Ello indicaba que hacía días, o quizá semanas, que estaba preparando el asesinato de Olga. Y si ellos habían llegado antes de que se iniciara el fuego, se debía a que el asesino había graduado el tiempo del mecanismo de ignición, de modo que le permitiese alejarse a gran distancia, sin riesgo de ser relacionado con el suceso.

—Emily, por ahora, mencionaremos solamente el incendio, ¿entendido? —dijo, después de unos segundos de reflexión.

—Sí, Spike, lo que usted diga —accedió la joven.

CAPITULO VIII

Desde la loma contempló la sombría mole de Master's Peak, como un inmóvil centinela que vigilase continuamente la aldea y el puerto situados a sus pies. El cielo era gris y corrían algunas nubes bajas. Olía a humedad, a algas y a sales y yodo.

Aquella muchacha desconocida... ¿qué habría sido de ella? ¿Quién 1a había estrangulado, después de marcar en su carne la señal de las tres rayas horizontales, cruzadas por una vertical? ¿Tenía algún significado la marca?

Pasados unos minutos, reanudó la marcha. Hacía ya rato que el mediodía había quedado atrás. Por la noche dormiría a gusto, se dijo, recordando la pasada, en que apenas si había podido pegar ojo. Cuando volviese a la ciudad, calculó, ya habrían aparecido restos de un cuerpo humano, consumido por un incendio. Pobre Olga, suspiró, mientras guiaba el coche rectamente hacia la aldea. Antes de ir a Master's Peak, quería hablar con cierta persona.

Un poco más adelante, se encontró con un hombre de edad, que caminaba a pie. Holt le dirigió una sonrisa amistosa.

—Busco a Nellie Brown —dijo—. ¿La conoce usted? Trabajaba en «El Pez Espada»...

—Oh, ahora está en «The Old Sailor», señor. La otra camarera se casó y ella ocupa ahora su puesto.

Holt hizo un gesto con ¡a mano.

—Mil gracias, amigo.

Cinco minutos después, detenía el coche frente a la taberna del puerto. Saltó al suelo y entró en el local, vacío en aquellos momentos.

Una joven apareció u los pocos instantes y se situó tras el mostrador.

—¿Señor?

—Nos vimos solamente una vez, pero creo que se acordará de mí —dijo Holt—. Usted es Nellie Brown.

—Sí, señor —contestó la muchacha, sorprendida.

—Soy Spike Holt. Usted me sirvió la cena en «El Pez Espada» y me contó algunas cosas. A! día siguiente, ya no estaba allí.

Nellie hizo una mueca.

—El señor Wickles me despidió —dijo—. Es un sujeto repugnante y, créame, no lo lamenté. Siempre andaba pellizcándome el trasero o tocándome las tetas.,. Perdone el lenguaje, pero me gusta ser tranca...

Holt sonrió.

—Nellie, yo querría hablar con usted detenidamente —manifestó—. Sobre Master’s Peak, el lugar al que usted no iría de noche ni por todo el oro del mundo.

—Ni de noche, ni de día —contestó la joven.

—¿Qué sucede allí?

Nellie vaciló.

—¿Se va a quedar en Camden Harbor?

—Al menos, una noche. No me gustaría alojarme en «El Pez Espada», a menos que no tenga otro remedio, claro.

—Aquí hay habitaciones —dijo Nellie—. Pero preferiría que hablásemos por la noche, cuando se haya ido todo el mundo. ¿Le parece bien?

—Me parece magnífico, Nellie.

De pronto, Holt recordó la recomendación que Endicott le había hecho en la ocasión anterior. Si ahora se hospedaba en «The Old Sailor», podrían recelar y ello no le convenía en absoluto.

—Nellie, indíqueme la habitación —pidió.

—Sí, señor.

Una hora más tarde, entregaba el sobre a Endicott, en el mismo despacho donde estaba el retrato de Elisa Derwenton. Endicott lo dejó indiferentemente a un lado.

—Se alojará en e! «El Pez Espada», supongo, señor Holt.

—Por supuesto —contestó el joven.

—Entonces, ya ¡e avisaré cuando tenga lista la respuesta.

—Muy bien, señor Endicott.

* * *

Envuelta en una bata, Nellie abrió la puerta de la taberna y miró asombrada al hombre que estaba en la calle, fría y húmeda.

—Señor Holt..

—Silencio, Nellie —dijo el joven.

Cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Nellie mantenía en alto un anticuado farol de petróleo.

—Subí antes a su habitación y no estaba —dijo ella.

—He tenido que alojarme en «El Pez Espada», para que me vieran los Wickles. Luego, cuando se fueron a dormir, yo salté por la ventana... Pagaré el alojamiento, por supuesto.

—Eso no importa ahora —murmuró Nellie—, Señor Holt, ¿es usted detective?

—Bueno... —El joven carraspeó—. A... a veces meto la nariz... donde no debo... ¿Por qué lo dice, Nellie?

—En Master's Peak ocurren cosas horribles. No se sabe bien lo que sucede... Se dice que el señor Endicott tiene un prisionero y que no lo deja ver a nadie...

—¿Un prisionero? —repitió Holt, estupefacto.

—Una persona, no se sabe quién es.

Holt pensó inmediatamente, sin saber por qué, en Elisa Derwenton. No había sido asesinada; estaba prisionera... Pero cuarenta años eran muchos; no había nadie capaz de resistir tanto tiempo.

—Bien, siga, Nellie —pidió.

—Tienen el prisionero, pero nadie lo ha visto. Algunas veces, han venido mujeres jóvenes y han permanecido algunos días en Master's Peak, pero siempre se han marchado al poco tiempo. Yo... yo no le puedo decir más... Bueno, sí, tengo que contarle el caso de Bill Dearden.

—¿Qué sucedió?

—Fue a Master’s Peak, para hablar con el señor Endicott. Parece ser que alguien quiere anular las donaciones hechas por la difunta señora Derwenton. Si lo consiguieran, se convertirían en los dueños del pueblo, ¿comprende?

—Sí. Continúe.

—Dearden había recibido una citación judicial y quiso pedir explicaciones a Endicott o, por lo menos, solicitar una prórroga. Volvió al pueblo y murió aquí mismo, en la puerta de la taberna, con la cara horriblemente rasgada y una marca extraña en el pecho.

—¿Una marca?

Nellie fue al mostrador, buscó papel y lápiz y trazó la marca.

—Esta es —dijo.

Holt contempló el dibujo en silencio. Sí, era la siniestra señal que había grabada a fuego en la piel de Olga. Y en la de la joven desconocida que le pidiera ayuda, sin que él pudiera dársela.

—El médico dijo que había sido atacado por alguna fiera, tal vez un lobo, un perro asilvestrado —prosiguió Nellie—. El caso es que la señora Dearden se marchó a las pocas semanas y vendió su casa por una miseria. Adivine quién fue el comprador.

—Endicott —dijo Holt.

—Justamente. Cuatro o cinco vecinos han vendido también, a un precio ridículo. La gente está llena de miedo, señor Holt. Otros no quieren vender, pero saben que se van a ver envueltos en un pleito, en el que perderían hasta la camisa. La situación no es buena, créame.

Holt se preguntó si aquellos sobres tan gruesos que llevaba y traía tendrían alguna relación con las extrañas operaciones financieras de Endicott. ¿Actuaba éste por cuenta de Delaney?

—Nellie, no sé cómo darte las gracias... —sonrió—. Bueno, hay un medio muy cómodo, que se usa desde tiempo inmemorial.

Sacó unos billetes y los puso en las manos de la muchacha.

—Y ahora —añadió—, voy a subir a mi habitación, pero me iré antes de que amanezca.

—¿Por qué? —preguntó Nellie, intrigada.

—Para que los Wickles no me echen en falta.

Ella sonrió.

—Es una buena solución —convino—. Pero tenga cuidado; son uña v carne con el señor Endicott y harían cualquier cosa que éste les ordenase.

—Lo tendré en cuenta, Nellie.

* * *

El día siguiente transcurrió con toda normalidad. A las diez de la noche, Holt fue a su dormitorio y simuló meterse en la cama. Una hora más tarde, se descolgó por la ventana. Había al pie un pequeño cobertizo, donde se almacenaban herramientas, lo que facilitaba su tarea, tanto al salir como al entrar, ya que tenía unos dos metros de altura y podía poner las puntas de los pies en el tejado, cuando se colgaba con las manos del antepecho de la ventana. Saltó al suelo, cruzó el patio posterior, abrió la puerta, cerró con todo cuidado y entiló el camino de «The Old Sailor».

La taberna estaba ya cerrada. En Camden Harbor no se acostumbraba a trasnochar. Nellie en persona acudió a abrirle.

—¿Todo bien, señor Holt?

—Sí, Nellie, todo bien.

Holt subió a su cuarto y se desvistió, para dormir unas horas. De repente, se abrió la puerta.

Nellie entró y cerró rápidamente. Holt se sentó en la cama.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Nellie cruzó el dormitorio y se sentó en el borde de la cama, sonriendo de un modo extraño.

—Los dueños duermen hace rato —dijo.

Y se abrió la bata de golpe.

Holt tragó saliva. Nellie no llevaba más ropa debajo. Sus hermosos pechos se balancearon suavemente al volverse un tanto hacia el huésped.

—Las habrás visto más guapas que yo, sin duda —dijo.

—Me pones en un aprieto, Nellie —sonrió Holt.

Ella se levantó y dejó caer la bata al suelo, quedando en pie, junto a la cama, espléndidamente hermosa en su desnudez.

—En este momento, no hay otra más guapa que yo —exclamó maliciosamente.

Holt tenía la boca seca.

—No, nadie se puede comparar contigo —admitió.

Nellie suspiró.

—Hay tan pocas maneras de combatir el aburrimiento en este poblacho —se quejó.

De pronto, apartó la ropa de la cama y se acostó junto al huésped, sin el menor remilgo.

—Spike, apaga la luz —pidió.

—Con mucho gusto —accedió él.

Mientras la tenía en sus brazos, pensó en Olga. Pero el luego de la pasión en que se abrasaba le hizo Olvidar bien pronto el otro fuego... las llamas en que había ardido una buena amiga de la infancia.

Casi a la misma hora, alguien llamaba a la puerta del «Pez Espada».

Wickles bajó a abrir. Con el farol en alto miró al hombre.

—¿Señor Endicott?

—Hola, Jonathan. El forastero está arriba, en su dormitorio, me imagino.
—Sí, señor.
—Liquídalo.
Wickles hizo un gesto de aquiescencia.
—Pero eso le costará...
—Eso me costará olvidarme de que esta casa no es tuya y que Holt no es tampoco el primer huésped que desaparece —dijo Endicott fríamente. Empezó a dar media vuelta, pero sin completar el movimiento, se encaró de nuevo con Wickles—. Y no uses el teléfono, ¿estamos? Ya te veré yo después de mediodía.
—Muy bien, señor Endicott.
El posadero giró en redondo y fue a la cocina, en donde eligió un cuchillo de respetables dimensiones. Probó el filo con la yema del pulgar y se encaminó lentamente al primer piso.

* * *

Holt despertó, alargó la mano y tocó el timbre de llamada. Luego se levantó y fue al baño. Cuando salía, se encontró de manos a boca con el posadero.
—¡Buenos días, señor Wickles! Un tiempo espléndido, ¿verdad? ¿Puede ordenar que me suban el desayuno?
Wickles estaba atónito.
—Pero, señor Holt...
—¿Qué pasa? —Preguntó el joven—. Acaso le representa una incomodidad? Si es así, bajaré al comedor.
—No... Es que... Anoche usted no salió, ¿verdad?
Holt miró de reojo al individuo. «Estuviste en mi habitación», pensó.
—¿Quién, yo? —se echó a reír—. Me acosté a las diez y media y antes de un minuto ya estaba hecho un tronco. ¿Qué le hace pensar que salí?
—No, no... Nada... Ahora le serviré el desayuno...
Wickles se marchó. Holt quedó unos momentos dubitativo y luego se acercó a la puerta, que abrió con todo cuidado. No tardó en oír la voz del aturdido posadero, que hablaba con alguien por teléfono:
—Lo siento, señor Endicott, no ha podido ser.. Yo subí anoche a su habitación, tal como me ordenó... pero él no estaba. Dice que no se ha movido del cuarto y estaba fuera... Volví a las cuatro de la mañana... Está bien, se lo diré...
Sonriendo, Holt, cerró la puerta. De modo que Wickles había estado por lo menos dos veces en el dormitorio, una de ellas a las cuatro de la mañana. Claro, él había regresado a las cinco y media... Nellie era quizá poco experta, pero lo compensaba con su fogosidad. A las seis dormía de nuevo en su cama como un tronco. Pero, se preguntó, ¿a qué había subido Wickles a su dormitorio en dos ocasiones?

Wickles llamo minutos después. Cuando entró con la bandeja en las manos, anunció:

—Ha llamado el señor Endicott. Dice que le agradecería que fuese usted a las once de la mañana.

—Muy bien.

Parecía un poco más recobrado, se dijo Holt. Al verle por primera vez, se había puesto terriblemente pálido, ¿Por qué?

Esperaba no tener que pasar otra noche en Camden Harbor. Ni la posada ni los posaderos le gustaban en absoluto.

Después del desayuno, se vistió, hizo su ligero equipaje y descendió a la planta baja. Abonó la cuenta, salió a la calle y arrancó en el coche en dirección a Master's Peak.

Unos minutos más tarde, el impasible ama de llaves le abría la puerta del edificio, Holt fue conducido al despacho y allí se dispuso a esperar, con la sola compañía del retrato de Elisa Derwenton.

Transcurrieron algunos minutos. Endicott no daba señales de presencia. Impaciente, Holt fue a la puerta y la abrió. Entonces, voces destempladas llegaron a sus tímpanos.

Una de ellas pertenecía al propio Endicott. La otra era de un hombre de avanzada edad, que se quejaba de ciertas limitaciones que le imponían a sus movimientos.

—No, no puede hacerlo y eso es suficiente —cortó Endicott la discusión de manera brusca y nada amable—. Y si no me obedece, le encerraré en su habitación con doble vuelta de llave.

Sonó un portazo. Holt comprendió que Endicott iba a venir al despacho y se apresuró a situarse lejos de la puerta.

Endicott apareció segundos después, con un grueso sobre en las manos, y se disculpó por su tardanza. Después de unas cuantas frases banales, Holt se despidió y salió a la explanada situada ante la casa.

Endicott le observaba a través de una de las ventanas. Ostentosamente, Holt cogió el maletín, que tenía en el asiento posterior, y se dispuso a guardarlo en el maletero.

Levantó la tapa. Un suspiro de alivio se escapo de sus labios. Esta vez, el maletero no contenía el cuerpo de una mujer asesinada.

Luego volvió la vista hacia la casa. Endicott sostenía con la mano una de las cortinas de muselina. La cortina cayó de inmediato. Holt sonrió para sí y, con toda tranquilidad, ocupó su puesto en el coche, hizo girar la llave de contacto y arrancó.

«En Master's Peak hay un prisionero. ¿Quién es?», se preguntó.

Indudablemente, se trataba de un hombre de avanzada edad. Pero ¿por qué estaba recluido allí? Posiblemente, se trataba de un enfermo crónico y la fantasía popular había dado pábulo a la existencia del prisionero. No siempre convenía hacer caso a las habladurías, se dijo.

Quizá era el anciano el autor del mensaje hallado en el asiento de su coche

en la ocasión anterior. En todo caso, tenía un modo de averiguarlo.

CAPITULO IX

El hombre, medio calvo, con el pelo de la cabeza en tufos que sobresalían a ambos lados como astas de ciervo, y con los ojos situados tras unos cristales de culo de vaso, examinó en silencio el papel que le había traído su cliente. Holt aguardaba expectantemente el dictamen del grafólogo, a quien había llevado aquel patético mensaje, la petición de ayuda encontrada en el asiento de su coche. «La próxima vez, deje abierto el maletero de su coche», decía el mensaje y, naturalmente, se refería, no a que estuviese levantada la tapa, sino, simplemente, que no estuviese cerrado con llave. El autor del mensaje quería utilizar el maletero para escapar de Master's Peak... pero otra persona había ocupado su lugar y no precisamente por su voluntad.

Sacudió la cabeza. Lars Coleman, el grafólogo, era hombre que conocía su oficio y al que no cabía molestar con signos de impaciencia. Encendió un cigarrillo y dejó resignadamente que pasara el tiempo.

De pronto, Coleman alzó la cabeza y le miró:

—Se trata de una persona de edad comprendida entre los setenta y cinco y ochenta años, varón...

—¿Seguro que es un hombre? —preguntó Holt.

—Absolutamente —confirmó el grafólogo con gran énfasis—. Es hombre de recia voluntad, pero que, no obstante, en los últimos tiempos sobre todo, se ve sometido a fuertes presiones, a las que no puede resistirse, debido, en buena parte, a la esquizofrenia que padece.

—¡Un chiflado!

Coleman sonrió.

—Bueno, al menos, en determinados aspectos, pero tan normal como tú y como yo en otros. Es hombre de impulsos bruscos, que le asaltan súbitamente y no conforme con su situación.

—Yo tampoco lo estaría, si me encontrase en su lugar.

—Posiblemente, Spike. Por ahora, eso es todo lo que te puedo decir —manifestó Coleman.

—Es más que suficiente. Gracias, Lars.

Holt regresó a su casa, profundamente intrigado. Cuando se disponía a meter la llave en la cerradura, oyó la fresca voz de Mary:

—¡Spike!

El joven se volvió con la sonrisa en los labios.

—He vuelto hoy, Mary —dijo—. Y tengo muchas noticias que contarle.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Eso no me lo pierdo yo —exclamó alegremente.

—Muy bien, entre y haré café.

* * *

Mary se sentía llena de asombro.
—¿De modo que hay un prisionero en Master's Peak?
—Sí. Ignoro quién pueda ser, pero, como puede comprender, no se encuentra allí por su voluntad.
—Spike, ¿por qué no avisa a la policía? —sugirió ella.
Holt volvió a llenar las tazas.
—No me atrevo. ¿Qué pretexto podría alegar yo? Además, ¿sabe lo que sucedería, si lo hiciera?
—Dígamelo, por favor.
—Probablemente, les mostrarían al prisionero, adecuadamente instruido para decir que está allí por su propia voluntad y que todos los rumores acerca de su encierro son absolutamente infundados. A un hombre que está en esas condiciones, y más si es ya de avanzada edad, se le puede obligar a que haga y diga lo que no desea, por muy fuerte que sea su voluntad. El cuerpo, a los setenta y tantos años, es ya débil y eso influye siempre en el comportamiento personal.
—Entonces, hemos de dejar que todo siga como está.
—¿Podemos hacer algo más, Mary?
El teléfono sonó de pronto. Holt se excusó y abandonó el diván un momento.
—Soy Holt —dijo, después de levantar el aparato.
—Hola, Spike. Soy Emily. ¿Sabes?, se descubrieron los restos de Olga. El forense dijo que debió morir a causa de su propia imprudencia, ya que había en la casa varias latas de petróleo. Eso puede tener justificación, ya que en ocasiones, puede fallar el fluido eléctrico y siempre se necesitan lámparas de emergencia.
—Sí. ¿Qué más?
—Eso es todo... Bueno, yo dije lo que tú me aconsejaste... Olga tenía la llave de mi casa e iba allí cuando quería... Si el fuego consumió por completo su cuerpo, salvo algunos huesos, no se pudo encontrar rastros de la herida que le causó la muerte. Por tanto, oficialmente, murió abrasada.
—Sí, claro.
—Spike, ¿no encontraremos nunca al asesino? —dijo Emily, dolorida.
—Algún día, no te preocupes.
Holt dejó el teléfono de nuevo en la horquilla y se quedó pensativo durante unos segundos. Mary le miraba con simpatía.
En aquel momento, llamaron a la puerta. Holt lúe a abrir.
—¡Señor Delaney!
—Hola —sonrió el visitante—. Ha vuelto de Camden Harbor, ya veo: ¿Tiene...?
Delaney reparó entonces en la muchacha. Holt movió ligeramente una mano.
—Mary Tanner, el señor Delaney —presentó.
—¿Cómo está? —dijo la muchacha.

—Es un placer, señorita Tanner —contestó Delaney.

Holt le entregó el sobre.

—Aquí tiene —dijo.

—Muchas gracias. ¿Todo ha ido bien, Holt?

—Perfectamente, señor.

—Lo celebro. Adiós, amigo Holt. Señorita Tanner...

Los dos jóvenes volvieron a quedarse solos. Holt emitió una sonrisa de circunstancias.

—Mary, me gustaría invitarla a cenar —dijo.

Ella se puso en pie.

—Lo siento —contestó—. Mis padres están fuera y me he quedado yo sola con la abuela. Saldremos otro día.

—Como guste, Mary.

* * *

Su amigo, el abogado Sharkey, le llamó al día siguiente:

—No hay rastros de testamento de Elisa Derwenton —le dijo, apenas lo tuvo en su presencia.

—¿Seguro, Lewis?

—Absolutamente. Quiero decir que, al menos, no se registró oficialmente la última voluntad de Elisa. Si hay algún testamento escondido en alguna parte... Pero, sinceramente, no lo creo.

—Por tanto, sus parientes, es decir, los que existen actualmente, pueden presentar reclamaciones sobre sus bienes.

—Sí, en efecto.

—Se lo diré a los interesados, y procuraré que te encargues del caso, Lewis.

Holt salió a la calle. Hacía un día radiante y decidió caminar un rato a pie, gozando de la agradable temperatura del ambiente. Iba abstraído en sus pensamientos de una forma tan absoluta, que no se dio cuenta de que iba a atropellar a una persona, sino hasta el último instante.

—Dispense, señera —murmuró—. No la había visto...

De repente se quedó extático.

—¡Elisa ! —exclamó.

La anciana sonrió dulcemente.

—Se me ha caído el bastón, muchacho —dijo.

Holt se inclinó y recogió el bastón, una preciosa pieza de ébano, con contera de oro y puño de marfil artísticamente labrado, en el que se leían con toda claridad las iniciales E.D. Elisa volvió a sonreír.

—Dame el brazo —pidió.

—Sí, señora. Oiga, yo quería hablarle...

—¿Cómo va tu suerte, muchacho? —le interrumpió ella.

—Bien, no puedo quejarme.

—Todavía mejorará más. Ah, ya viene aquí el coche. El buen Jablowski siempre se retrasa un poco... Spike, hijo, sigue huyendo de la cruz de seis brazos.

El «Rolls» estaba ya parado junto a la acera, Elisa subió y se despidió con afable sonrisa, antes de que el aturdido Holt pudiera reaccionar. Cuando el coche se disponía a arrancar, Holt sintió un golpecito en el hombro.

—Hola, Spike. ¿Qué hace por aquí?

El joven se volvió.

—Estaba hablando con Elisa —respondió.

Mary le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Cómo?

—Sí. Mire, allí está todavía su coche... Ahora se dispone a doblar la próxima esquina... A ella se la ve en el asiento posterior...

—¡Spike! No hay ningún «Rolls» ni se ve a ninguna mujer —dijo Mary.

Holt frunció el ceño.

—Acabo de hablar con ella —manifestó.

Mary se turbó.

—Spike, quizá fue una ilusión...

De repente, Holt enseñó algo que tenía en su mano derecha y que había conservado inadvertidamente, sin devolvérselo a su dueña.

—Mary, ¿qué es esto? —preguntó—. ¿Me supone a mí capaz de ir por la calle con un bastón, cuando todavía no he cumplido ni de lejos los treinta años?

Ella se quedó atónita.

—Spike, no entiendo...

—El bastón es algo real y tangible. A ella se le había caído y me pidió que se lo recogiera, pero luego anduvimos unos metros, Elisa colgada de mi brazo... Sin duda se le olvidó pedírmelo luego y a mí no se me ocurrió devolvérselo. Si se trata de un fantasma, no cabe la menor duda que deja tras si rastros muy reales.

Mary contempló estupefacta el bastón. De repente, se le ocurrió una idea.

—Spike, venga conmigo a casa —exclamó.

* * *

Grace Morris, la abuela de Mary, era una anciana vivaracha y simpática, que se puso muy contenta al conocer a Holt, a quien saludó con verdadero afecto. Después de los primeros saludos, dijo que se iba a preparar el té, pero Mary se lo impidió en el acto.

—Déjate ahora de té, abuela. Mira esto y dime a ver si lo conoces.

Grace tomó con dos dedos el bastón y lo contempló durante unos segundos. Luego miró al joven.

—¿De dónde lo has sacado, muchacho?

—Es de Elisa y se le olvidó llevárselo —contestó Holt.

La anciana se volvió hacia su nieta.

—Lo conozco muy bien —dijo—. Elisa se rompió una pierna en cierta ocasión. Cuando se curó, tuvo necesidad de apoyarse en un bastón durante algunas semanas. Su esposo encargó uno especialmente para ella. Un artista chino se encargó de la talla del marfil, cosa que hizo mientras Elisa permanecía en la cama, hasta la soldadura de los huesos, ¡Pero ella no te lo ha podido dar, Spike! ¡Murió hace cuarenta años!

—¿La vio usted muerta? —preguntó Holt.

Grace se mordió los labios.

—No —murmuró—. Ni siquiera asistí al entierro. Mi difunto esposo me lo prohibió. No quería que yo me llevase un disgusto... Ya había sufrido bastante al enterarme de la noticia de su muerte.

Holt se volvió hacia la muchacha.

—Si murió en Derwenton's House, el cuerpo estaría algunas horas todavía en la casa, ¿no le parece, Mary?

—Son muchos años, Spike —respondió la muchacha desalentadamente.

—Señora Morris —dijo Holt—, ¿conocía usted al chófer de Elisa?

—Habrá muerto ya, supongo.

—No lo sé. Como puedes comprender, nunca tuve demasiados tratos con él, y ya no volví a verle después de la muerte de Elisa.

—Pero sabe su nombre.

—Sí, lo recuerdo. Era... era un nombre extranjero...

—¡Aguarde! —pidió Holt vivamente.

Buscó en sus bolsillos y sacó una libreta de notas, en la que escribió algo, entregándola a continuación a la muchacha.

—He escrito el nombre del chófer —manifestó—. Puesto que entonces no sólo no había nacido, sino que ni siquiera se conocían mis padres, parece lógico suponer que yo desconozca ese nombre, ¿verdad?

Las dos mujeres asintieron unánimemente. Holt hizo un ademán:

—Adelante, señora Morris —invitó—. Diga el nombre del chófer de Elisa Derwenton.

—Jablowski.

Mary fijó la vista en la libreta y lanzó una exclamación de asombro.

—Fantástico. Increíble —calificó—. Spike, ¿tienes el don de ver a través de las edades?

—No lo sé, y puede que jamás logre comprender ni explicar racionalmente lo que me ha pasado —dijo el joven con firme acento—. Pero una cosa es segura: Elisa ha intentado comunicarse conmigo... y yo quiero averiguar de una forma totalmente satisfactoria si está viva o es verdad que murió asesinada hace cuarenta años.

CAPITULO X

El hombre leyó en silencio el contenido del documento que le había sido entregado minutos antes. Una vena se hinchó en su frente y latió con rápidos espasmos. De pronto, estrujó el papel y se puso en pie.

El rostro de Hap Devlin estaba enrojecido por la cólera. Su esposa Sissy lo vio y sintió miedo.

—Hap, ¿adónde vas? —preguntó, llena de aprensiones.

—¿No te lo imaginas? Esto que quieren hacernos es una canallada; la casa es nuestra. Yo la heredé de mi padre y a él se la entregó en propiedad Elisa Derwenton. Tengo todos los papeles en regla y un maldito especulador no podrá arrebatarme lo que es mío.

Devlin fue hacia la puerta. Sissy corrió tras él y, lo asió por un brazo.

—Se está haciendo de noche —dijo—. Aguarda a mañana. Unas horas de espera no te harán ningún daño..

Devlin se soltó con brusquedad.

—No puedo esperar ni un minuto más —declaró.

—¡ Hap! i Acuérdate de Bill Dearden! —chilló la mujer.

—A mí no me pasará nada igual —aseguró Devlin, a la vez que, al pasar, descolgaba la escopeta de caza que tenía junto a la puerta.

La señora Devlin se retorció las manos desesperadamente. Sentía vivos temores por la suerte de su esposo. Conocía muy bien el carácter vivo y poco paciente de su marido y le sabía capaz de cualquier cosa cuando estaba enfadado, y más si tenía razón. Ahora la tenía, no cabía duda, pero...

Llena de miedo, buscó a algunas amigas. Los hombres estaban aún en la taberna, pero la noticia de lo sucedido no tardó en llegar a sus oídos. Se oyeron voces irritadas.

—Tendríamos que hacer algo —dijo uno.

—Deberíamos arrasar Master's Peak, con todos los que hay dentro —propuso otro.

—El viejo inmundo... Habría que colgarlo...

—Pero ¿existe? —dudó alguien.

—Si no es él, es Endicott y da lo mismo...

De repente, se oyeron dos detonaciones, bastante apagadas por la distancia. Todos los ojos de los presentes se volvieron hacia la puerta.

Nellie, tras el mostrador, procuraba contener sus nervios. Aunque también lo sentía, pudo darse cuenta de que el miedo era la nota dominante en todos los hombres que estaban en la taberna.

Abe Ryles fue el primero en reaccionar. Poniéndose en pie, exclamó:

—Qué diablos! ¿Somos hombres o ratas? ¿Por qué hemos de dejarnos pisotear miserablemente?

Sobrevino una discusión. Nadie se ponía de acuerdo sobre lo que se debía hacer. De repente, sonaron unos fuertes golpes en la puerta de la taberna.

Nuevamente volvió el silencio. Los golpes no se repitieron.

Algunos vacilaban. Finalmente, uno se atrevió a abrir.

El cuerpo ensangrentado de Hap Devlin se mantuvo durante un segundo de pie en el umbral. Había sangre desde el cuello a las piernas y sus ojos, que ya no veían, expresaban un supremo horror de una muerte inevitable.

Nellie lanzó un chillido. El cadáver se derrumbó en medio de la consternación y el pánico generales.

* * *

Los nudillos golpearon la madera de una puerta. Alguien abrió desde el interior.

—¿Estás listo? —preguntó el que había llamado.

—Sí, estoy listo.

Dos hombres se movieron a través de las húmedas callejuelas. Llamaron a otra puerta y se les unió un tercero. Poco a poco, el grupo, en completo silencio, engrosó y se hizo numeroso.

Alguien mencionó un posible traidor y su propuesta fue aprobada incondicionalmente. Parte de los componentes del grupo fueron a «El Pez Espada» Enmascarados, asaltaron la posada, cortaron los hilos del teléfono y ataron a sus dueños.

Tranquilos a este respecto, se reunieron con los otros. Entonces, todo el grupo, cincuenta o sesenta hombres, tomaron el camino de Master’s Peak.

Ninguno hablaba, pero todos ellos estaban dispuestos a ejecutar la decisión adoptada después de la muerte de Devlin. Pasada la media noche, se detuvieron ante la entrada principal de Master’s Peak.

Uno de ellos tiró del cordón de la campanilla. A los pocos segundos, el ama de llaves se asomó a una de las ventanas.

—¿Qué es lo que sucede? —gritó—. ¿Qué quieren a estas horas tan intempestivas?

—Abra —dijo uno—. Con usted no va nada, señora Greys, pero lo puede pasar mal si no nos abre.

La mujer sintió miedo de pronto. Había muy poca "luz, pero, aun así, pudo apreciar que todos los hombres tenían la cara cubierta por pañuelos y máscaras de diversas formas.

—Echemos abajo la puerta —gritó otro.

Varios puños golpearon furiosamente la puerta. Alguien sugirió ir por la parte trasera y un nutrido pelotón se segregó del grupo.

De repente, se oyó un terrible estallido.

La puerta acababa de ceder. Envalentonados, los asaltantes irrumpieron en el interior de la casa. Endicott, armado con un revólver, salió a su encuentro, pero fue arrollado por la fuerza del número. Instantes después, no era sino un montón de carne ensangrentada, que no tenía ya ninguna forma humana.

Los hombres se dispersaron por el interior de la casa, cada vez más

furiosos, sin encontrar a otra persona que al ama de llaves, a la cual expulsaron sin ninguna contemplación. De pronto, alguien, muy furioso, arrimó un fósforo encendido a uno de los cortinajes.

Uno encontró dos latas de petróleo y empezó a derramar su contenido por los muebles y las puertas de madera. Poco a poco, las llamas adquirieron un mayor volumen. Sonaron gritos de alarma y órdenes de retirada.

Un cuarto de hora más tarde, Master's Peak era un inmenso volcán en llamas. Ardía completamente por dentro y el fuego salía por todas las ventanas. Los hombres de Camden Harbor contemplaban el incendio en silencio, fascinados por el espectáculo, con los rostros iluminados por el fuego que consumía el edificio.

De repente, por encima del fragor de las llamas y de las paredes que se derrumbaban, se oyó un espantoso alarido.

Todos los ojos se volvieron en el acto hacia el lugar del que procedía el grito. Parte del tejado se hundió en aquel momento y un enorme chorro de llamas y chispas subió a lo alto, con la violencia de una erupción volcánica.

En lo más alto, había un hombre que chillaba frenéticamente. Todos los presentes supieron en el acto que se trataba del prisionero, el cual había podido esconderse durante el asalto. Pero el fuego le había hecho salir de su escondite y, aturdido, había tomado el camino equivocado.

El hombre lanzaba unos gritos desgarradores, a tos que correspondieron los asaltantes con risas y burlas despiadadas. Bruscamente, un chorro de fuego alcanzó sus ropas, incendiándolas de golpe.

Entonces, el hombre, desesperado, dio un salto y se arrojó al cráter ardiente que tenía a sus pies. Se ovó un último alarido y luego sólo hubo ruidos de destrucción y muerte.

Poco después, se hundió el tejado por completo y el estruendo pareció la explosión de un polvorín. Aquello pareció un revulsivo para los presentes, que empezaron a darse cuenta de la enormidad que habían cometido.

Lenta, insensiblemente, empezaron a desperdigarse hacia la oscuridad. Cinco minutos después, el lugar, todavía iluminado por el rescoldo del incendio, quedaba solitario.

* * *

Holt no se sentía seguro de lo que le había sucedido. Una y otra vez contemplaba el bastón con puño de marfil. Si Elisa había muerto, ¿quién era la mujer que se lo había entregado? Y, sobre todo, ¿de dónde lo había sacado?

De repente sonó el teléfono.

Era Delaney.

—Señor Holt, ¿puede venir a mi despacho? Ahora mismo, por favor.

—Sí, señor, al momento.

Veinte minutos más tarde, Holt entraba en el despacho de Delaney. Sin decirle palabra, éste le alargó un papel de forma rectangular.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven.
—Su mensualidad. La última. Está despedido.
Holt fijó la vista en Delaney, quien sostuvo su mirada sin pestañear.
—¿Puedo preguntarle los motivos?
—Usted trabajó para Steiner —dijo Delaney.
—Sí.
—Steiner le despidió.
—En efecto.
—Eso es suficiente para mí, señor Holt.
Hubo un instante de silencio. Luego, Holt, sonriendo irónicamente, dijo:
—Creo que lo comprendo todo. Steiner es el arquitecto que dirige la construcción del nuevo edificio para las empresas Delaney. Yo sólo soy un delineante, que aún trabajaba para poder conseguir el título de arquitecto, pero que, no obstante, advirtió graves defectos estructurales en los planos. Se lo dije a Steiner y me ordenó seguir adelante. Como me negué a tomar parte en lo que estimaba era una inmoralidad, me despidió.
—El nuevo edificio se inaugurará dentro de muy pocas semanas y, afortunadamente, sin su nefasta colaboración señor Holt —dijo Delaney fríamente.
Holt se encaminó hacia la puerta.
—Ese edificio se hundirá el día menos pensado —vaticinó—. «Afortunadamente», yo no tendré nada que ver con la catástrofe.
—Salga —ordenó Delaney.
Holt puso la mano en el picaporte.
—Señor Delaney, dígame, ¿qué contenían los sobres que yo llevaba y traía de Camden Harbor? ¿Es cierto que hay alguien que trata de especular con la mayor parte de las casas del pueblo?
El rostro de Delaney enrojeció espantosamente. Holt soltó una risita, abrió y cerró cuidadosamente a sus espaldas.
Pero, luego, de pronto, se sintió muy preocupado. Delaney era capaz de cualquier cosa. Sería preciso andar con pies de plomo.

* * *

—Tengo una noticia estupenda —dijo Mary.
—Lo celebro —contestó Holt—. Yo también tengo cosas que contarte.. ¿Qué te apetece para beber?
—Café, gracias.
Después de tomar unos sorbos, Mary continuó:
—He estado hablando con mi abuela. Ha recordado lo que significa la cruz de seis brazos. Es la marca de la familia Delaney, cuando éstos, hace casi un siglo, tenían un rancho con miles de cabezas de ganado. Pero luego lo vendieron y se dedicaron a otros negocios, asesoramientos legales y demás...
Mary buscó un papel y un lápiz, y trazó en la blanca superficie la marca de

las tres rayas horizontales, cruzadas por una vertical.

—Esta es la cruz de seis brazos —dijo.

Holt se sentía estupefacto.

—No, yo sólo veo tres...

—Estás equivocado —dijo ella—. Una cruz ordinaria tiene el palo vertical y el transversal... pero éste, a su vez tiene dos brazos. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, es verdad —murmuró el joven—. Una cruz con tres palos transversales... que son en realidad seis brazos.

Miró a la muchacha.

—Elisa me dijo que huyera de la cruz de seis brazos. ¿Significa eso que debo guardarme de Delaney?

—¿No dices que Wickles subió dos veces a tu dormitorio?

—Sí.

—Quizá tenía intención de asesinarte.

Holt se estremeció.

—Es posible —admitió.

Ahora, Mary estaba ya enterada de todo y se hallaba completamente al corriente de cuantos acontecimientos se habían producido.

—Pero, si eso fuera así, ¿por qué querría asesinarme Delaney? —exclamó Holt, muy preocupado.

—Tú sabes que en Master's Peak se cometió, por lo menos, un asesinato, sin hablar de Bill Dearden. Quizá a él no le conviene que tú puedas repetirlo algún día. Es una potencia financiera, en efecto; pero si se supiera que puede estar complicado en un caso de asesinato, su imperio se derrumbaría estrepitosamente, arrastrándole a él en el hundimiento.

Holt asintió pensativamente.

—Lo peor de todo es que parece querer adquirir la mayoría de las casas de Camden Harbor, para especular... Aunque no me imagino qué puede hacer allí. Es un lugar muy apartado, Mary.

—Pero ideal por ejemplo, para un puerto deportivo.

—¡Un puerto deportivo! —exclamó él—. Quizá sí... Las casas son ya viejas y feas.. Nuevas construcciones darían otro aspecto a Camden Harbor; atraerían a muchos compradores...

—Sería un negocio de decenas de millones. De aquí a Camden Harbor hay setenta millas, que se puede recorrer en menos de dos horas. Pero para ganar dinero, sería preciso comprar a muy bajo precio.

—O echar a los dueños de las casas, mediante trucos legales.

—Seguramente, Spike.

—Pero Elisa cedió la propiedad a ¡os vecinos de Camden Harbor. ¿Cómo se puede revocar esa decisión?

—Cuando se dispone de dinero en abundancia, se pueden pagar buenos abogados, Spike.

Holt asintió.

—Siempre hay un modo de retorcerle el pescuezo a las leyes —dijo,

desanimadamente—. De todos modos, esto no son más que especulaciones, Mary.

—Y no podemos hacer nada por evitarlo.

—No, que yo sepa.

En aquel instante sonó el teléfono

—Dispénsame, Mary.

Holt levantó el auricular. Enormemente sorprendido, oyó la voz de Nellie Brown:

—Spike, ha ocurrido algo horrible —dijo la joven—. ¿No podrías venir a Camden Harbor? No me atrevo a decirte nada más por teléfono.

Holt dudó un instante. Luego accedió:

—Salgo ahora mismo —declaró.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Mary, ¿te atreves a viajar conmigo a Camden Harbor? Podemos ir y venir en el mismo día...

Ella se puso en pie instantáneamente.

—Vamos, no perdamos un segundo —dijo, comprendiendo la gravedad del asunto.

CAPITULO XI

Cuando regresaron, era ya muy tarde. Hondamente impresionados por lo ocurrido, se separaron sin hacer apenas comentarios sobre el particular.

Solamente, ella hizo una pregunta:

—¿Hablarás con Delaney, Spike?

Holt dudó un segundo.

—Sí —se decidió al cabo.

—Ten cuidado —dijo ella, aprensiva.

—Hablaré mañana mismo... si accede a recibirme.

—Es curioso. No ha dado señales de vida...

—Ni los periódicos han mencionado nada. Es indudable que ha sabido gastarse el dinero para mantener oculto el hecho. Piensa que esto se pasará y que, a la larga, la gente olvida. Simplemente, dejará que transcurra el tiempo antes de volver a la carga.

—La policía no ha tomado ninguna determinación —murmuró ella.

—Los habitantes de Camden Harbor se han cerrado en banda. Ni siquiera Wickles, que era un sicario de Endicott, se atreve a despegar los labios. El ama de llaves guarda silencio también... y es de presumir que el dinero de Delaney tenga mucho que ver con su discreción. —Holt meneó la cabeza—. En fin, lo mejor será que te vayas a descansar. Te veré mañana, a la hora del almuerzo.

—Cuidado, Spike —insistió ella.

Holt fue a su casa. En el buzón se encontró algunas cartas. Una de ellas era de un tal Jackson W. Gardell, quien le solicitaba fuese a verle al día siguiente, a las nueve de la mañana. Holt se preguntó qué podría decirle Gardell. Le conocía por su reputación; era uno de los mejores arquitectos, pero nunca había tenido el menor trato con él.

Gardell le recibió a la hora acordada. Después de saludarse mutuamente, le indicó un sillón.

—Señor Holt, tengo entendido que trabajó usted para Steiner.

—Así es —confirmó el joven.

—Han llegado a mis oídos rumores acerca de su buen trabajo como delineante. Yo necesito uno de toda confianza, máxime, cuando como, en sus circunstancias, apenas le falta un año para concluir la carrera.

—Usted me sobrestima, señor Gardell —sonrió Holt.

—El hombre que es capaz de decirle cuatro verdades a Steiner, es a !a fuerza un tipo honesto y competente —dijo Gardell muy serio—. ¿Podrá empezar a trabajar la semana próxima? Su sueldo será seiscientos dólares semanales...

—¡Qué barbaridad! —se asombró Holt.

Gardell se echó a reír.

—Merece la pena pagar bien a quien lo vale; a la larga, uno acaba ganando

más todavía. —Se puso en píe y alargó la mano hacia el joven—. El lunes, a las nueve en punto, en mi estudio, amigo Holt.

—Sí, señor Gardell.

Holt echó a andar hacia la puerta, preguntándose si estaba soñando. Cuando ya iba a salir, oyó la voz del arquitecto:

—¿Holt?

—Sí, señor.

—¿Qué opina usted del nuevo edificio de las empresas Delaney?

Holt hizo un gesto pesimista.

—Yo no viviría en él, ni aunque me regalasen uno de sus apartamentos —contestó.

Gardell asintió.

—Pienso lo mismo —concordó—. Es más, voy a solicitar una reunión de la asociación de arquitectos, para que se revisen los planos de ese edificio.

—A Delaney le sentará como un tiro.

—Peor sería que se le hundiese, cuando ya estuviese lleno de gente —contestó Gardell.

* * *

Holt aguardó pacientemente en la antesala, hasta que la secretaria le anuncio que Delaney accedía a recibirle. Entonces se levantó y entró en el despacho.

—Creí haberle dicho que usted y yo no teníamos ya nada que decirnos —exclamó Delaney furiosamente.

—Yo también lo pensaba, pero ambos estábamos equivocados —dijo Holt con tranquilo acento—. Muy equivocados, al menos por mi parte.

—No le entiendo...

—Los periódicos no han dicho nada, pero en Camden Harbor ha ocurrido algo muy grave. Sin embargo, le supongo enterado de! suceso.

Delaney palideció.

—¿Qué le importa a usted? —exclamó coléricamente.

—Mucho. Más de lo que piensa, porque una buena amiga mía, Olga Cavendish, murió salvajemente asesinada, sin duda para que no pudiera repetir las horribles experiencias que había sufrido en Master's Peak. ¿Cuánto tiempo le llevó localizar el paradero de Olga, señor Delaney?

El hombre guardaba silencio, pero su frente estaba inundada de sudor.

—En Master's Peak había un prisionero —continuó Holt, implacable—. Era su propio padre de usted, al que hace veinte años retiró de los negocios, haciéndole internar en una clínica psiquiátrica. Con motivos, desde luego, aunque después, andando el tiempo, pareció mejorar y pudo sacarlo de la clínica. Sin embargo, su carrera estaba ya en franco progreso y la divulgación del comportamiento de su padre hubiera podido acarrearle serios perjuicios. Henry Delaney, pese a su edad y a la enfermedad mental, se conservaba

bastante bien físicamente... lo suficiente para requerir de cuando en cuando los servicios amorosos de una mujer joven y agraciada.

»Pero, en ocasiones, cometía con ellas actos llenos de sadismo. A Olga le puso la marca de los Delaney, y usted sabe muy bien cuál era la marca del viejo rancho familiar. Un hierro al rojo vivo, aplicado a la piel de Olga... y de otra mujer asesinada, por lo menos. Quizá nunca se encuentre el cadáver de la segunda, pero ese crimen, como el asesinato de Olga, recaerá siempre sobre su conciencia.

—El viejo canalla —dijo Delaney furiosamente—. En los últimos años había perdido la cabeza por completo...

—Y usted lo mantenía prisionero, vigilado por un hombre de su confianza que, además, se ocupaba de llevar a cabo su plan de desalojar a los actuales propietarios de las casas de Camden Harbor. Es un pueblo pintoresco, situado en un lugar muy agradable, con unos paisajes encantadores... y si lo transformase usted en un centro residencial, con puerto deportivo, corno pretende, obtendría una ganancia fabulosa. Quizá por eso, y por las dos muertes que había cometido Endicott, los vecinos del pueblo se sublevaron y arrasaron Master's Peak. Usted está perfectamente enterado de todo, pero sabe también que no pueden, legalmente, relacionarle con lo ocurrido.

»Ahora se gastará montones de dinero en echar tierra sobre el asunto, sabiendo que, con el tiempo, se olvida todo. Es cuestión de dejar pasar un año o dos, y volver luego a la carga. ¿Quién le llevará los sobres con documentos que no se atrevía a confiar al correo? Esos documentos, ¿no estaban relacionados con sus proyectos de adquisición a bajo precio de algo que no le pertenecía?

—Holt, le voy a dar un consejo —dijo Delaney con voz tensa—. Váyase, váyase no sólo de mi despacho, sino también de la ciudad. Es usted un miserable insecto que se ha atrevido a cruzarse en mi camino y a los tipos como usted, yo los aplasto a taconazos.

—Como aplastó a Olga, porque temía que repitiese lo que sucedía en Master’s Peak. Usted no lo sabía siquiera, hasta que ella y yo nos encontramos casualmente. O si lo sabía, confiaba de momento en su discreción, pero ahora Olga se había encontrado con un amigo de la infancia y podía contarle todo.

Holt se puso en pie.

—No me iré de la ciudad —añadió serenamente—. Y no se le ocurra siquiera tocarme al pelo de la ropa, o alguien recibirá un relato completo de todo lo ocurrido desde el día en que nos encontramos por primera vez, incluyendo sus pretensiones sobre Camden Harbor.

Inspiró profundamente y dijo:

—Nunca se le podrá probar, pero usted y yo sabemos perfectamente qué clase de muerte sufrió Olga. De todos modos, y desde ahora mismo, puedo vaticinarle su ruina.

Delaney se echó a reír.

—Usted, arruinarme a mí... ¿Está loco o tiene manías de grandeza?

—Cuando se haga una revisión de los planos del nuevo edificio Delaney y se le niegue el permiso de habitabilidad, ya me dirá usted quién es el loco y quién es el que se va derecho a la ruina.

La boca de Delaney se abrió de par en par. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Holt había salido ya del despacho.

* * *

Mary entró en el restaurante y se detuvo en la entrada, mirando a todas partes ansiosamente. De pronto, descubrió a Holt y corrió hacia la mesa ocupada por el joven.

—Siéntate —invitó él—. Tengo buenas noticias que contarte.

—Apenas he podido dormir —manifestó ella—. ¿Has hablado con Delaney?

—Sí, y ya está todo solucionado. No te preocupes más por él, encanto.

Holt sonrió.

—De modo que no has podido dormir apenas —dijo—. ¿Tiene algo que ver tu insomnio conmigo?

—Pues. —ella se ruborizó—. Spike, hay cosas que no se le deben preguntar nunca a una señorita decente.

Holt se echó a reír.

—Voy a darte la buena noticia —exclamó—. Tengo un empleo y empezaré a trabajar el lunes próximo. Seiscientos semanales... y dentro de un año, habré conseguido el título de arquitecto. ¿Qué te parece el porvenir?

—Oh, Spike, es magnífico...

—Nunca fuimos en casa gente de posibles —dijo Holt un tanto melancólicamente—. Mi padre sufrió algunos quebrantos en su negocio y yo tuve que ponerme a trabajar muy pronto. Ahora las cosas ya le van mejor y no necesitan mi ayuda.

Ella le miró con simpatía.

—Por eso no has podido terminar aún la carrera —adivinó.

—Sí, aunque, como dijo aquél, nunca es tarde... Mary, tengo un hambre de lobo. Deben de ser las buenas noticias, que excitan mi apetito.

—Sí, seguro.

—Y pensar que fue Elisa quien me profetizó que mi situación iba a mejorar pronto —dijo Holt con acento evocador.

—¿Aún crees que estuviste hablando con ella? —preguntó Mary, escéptica.

—¿Me he inventado el bastón?

Mary no contestó. Holt creyó adivinar los pensamientos de la muchacha.

—Ya sé lo que crees tú, pero no es cierto —dijo—. Tú sospechas que yo fui subrepticiamente a Derwenton's House y que registré la casa, hasta encontrar el bastón, con lo que podía apoyar mi historia. Pero, dime, ¿qué

interés puedo tener yo en mentir sobre algo que no puede proporcionarme ningún beneficio? Soy un hombre perfectamente normal, no tengo nada de mitómano ni tengo tampoco manías de grandeza. Vi y hablé con Elisa, y esa es la pura verdad.

—Spike, no te enfades si me siento incrédula —contestó Mary—. Personalmente, pienso que lo mejor sería que te olvidases por una temporada de este asunto. El lunes empezarás a trabajar y debes concentrarte en asegurar tu porvenir.

—Muy bien, lo intentaré. ¿Tienes algún plan para el fin de semana?

—No puedo hacer gran cosa. Mis padres tardarán todavía algún tiempo en regresar. Puedo permitirme una corta excursión, pero, inevitablemente, he de volver a casa por la noche. ¿Tenías pensado ir a algún sitio?

Holt se frotó el mentón.

—No —contestó—. Solamente me gustaría dar otra vuelta por Derwenton's House.

—Iremos el domingo por la mañana —decidió la muchacha.

CAPITULO XII

Cuando iban a tomar el camino que conducía a Derwenton's House, vieron un coche que salía a toda velocidad. El conductor se aferraba con fuerza al volante y daba la sensación de huir de algún grave peligro. Holt lanzó una interjección; aquel coche había estado a punto de embestirles. A su lado, Mary emitió un pequeño grito de sorpresa:

—¡Es Delaney, Spike!

Holt había parado el coche y volvió la cabeza, pero el otro vehículo ya no se divisaba. Preguntándose qué podía haber hecho Delaney en aquellos parajes reanudó la marcha. Mary también se sentía muy intrigada.

Minutos después, se detenían frente al caserón. Holt saltó al suelo y contempló el edificio en silencio. El viento silbaba tenuemente, provocando susurros en las hojas de los árboles.

—Todo es soledad, melancolía... —dijo Mary evocadoramente—. Hubo un tiempo en que aquí había vida, animación...

—Puede haberla de nuevo algún día. Mary, ¿te parece que busquemos un posible testamento?

—Perderemos el tiempo —dijo ella, con acento lleno de pesimismo.

—Al menos, podríamos intentarlo, ¿no te parece?

Mary hizo un gesto de indiferencia.

—Como quieras —accedió.

Un par de horas más tarde, cubiertos de polvo, tuvieron que darse por vencidos.

—Mi amigo Sharkey tiene razón —dijo Holt—. No hay testamento, por lo que conviene entablar el pleito para que se atribuyan las propiedades de Elisa a su actual heredera, es decir, tu abuela.

—Eso es algo que habría que decidir de acuerdo también con mis padres —contestó Mary—. De todos modos, pienso escribirles y pedirles su opinión,

—No te demores —aconsejó él.

—Descuida.

Ahora estaban en la trasera de la casa. Holt había visto una vieja fuente de bomba y trató de mover la palanca, Estaba terriblemente oxidada, pero, al cabo de unos momentos, pudo conseguir que girase. A pesar de todo, casi pasaron cinco minutos antes de que empezara a salir el agua, muy turbia al principio, completamente clara después.

Holt se lavó la cara y las manos, secándose con su propio pañuelo. Mary anunció que se daría un buen baño al regresar a casa, aunque sí se lavó las manos en la fuente.

Cuando ya se disponían a emprender el regreso, Holt se fijó en aquel anexo en que ya había reparado anteriormente. Sin prisas, se acercó a la pared y estudió la marca de la cruz de seis brazos.

—La señal maldita —dijo.

—Fue la marca del rancho de los Delaney, pero el padre de Marvin no quiso utilizarla como anagrama del actual negocio. La abuela dice que los Delaney de hace cien años tenían una fama pésima, entre sus vecinos —declaró Mary.

Holt buscó con la vista y encontró un grueso pedrusco.

—La marca está trazada sobre argamasa —dijo—. Voy a borrarla.

Inmediatamente, empezó a golpear la pared con la parte más aguda del pedrusco. Pero de repente se oyó un tremendo estruendo.

Mary chilló, a la vez que saltaba hacia atrás. Holt, que se disponía a descargar un nuevo golpe, quedó con la mano en alto, contemplando estupefacto el increíble espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

La pared se había derrumbado como si estuviese hecha de papel, quedando un enorme hueco, por el que podían pasar sin dificultad dos personas al mismo tiempo. Y ello permitía la entrada de la suficiente luz, para ver todo lo que había al otro lado con absoluta claridad.

Holt se sentía terriblemente impresionado. Ni siquiera tenía fuerzas para hablar.

En aquel cobertizo había un coche antiguo, cuyo color negro había desaparecido bajo una espesa capa de polvo. Reaccionando, Holt pasó por encima de los escombros y se acercó al viejo «Rolls», construido en la década de los años 30.

Mary le siguió, no menos impresionada. Los cristales del vehículo estaban también cubiertos de polvo. Holt limpió el parabrisas con una mano. Mary lanzó un agudo chillido, a la vez que él daba un paso atrás.

Sentado tras el volante, cubierto con unos jirones de tela que había sido azul y en la que aún había algunos botones metálicos, se veía un esqueleto humano, con la gorra todavía puesta. Presintiendo lo que iba a ver a continuación, Holt se acercó a la portezuela trasera y la abrió.

En el asiento posterior había otro esqueleto. Apenas quedaban ya algunos encajes ya amarillos por el paso de los años, sobre los harapos de tela negra que habían sido el vestido de la dueña de Derwenton's House. Sujetándolo todavía con unos dedos completamente descarnados, había un bolso de mano, de cuero casi podrido.

Para Holt, sin embargo, lo más maravilloso de todo no era el hallazgo de los dos esqueletos, sino el del «Rolls», cuya matrícula era exactamente igual a la que él había visto en todas las ocasiones en que habló con Elisa.

Al cabo de un buen rato, Mary se atrevió a romper el silencio.

—Spike, ¿qué podemos hacer ahora?

Pero el joven no le contestó.

La calavera de Elisa se había cubierto de carne y sus ojos brillaban de nuevo en sus cuencas. Sobre el cráneo mondo habían surgido de nuevo los cabellos de plata, sedosos y brillantes, y cubiertos en parte por un ridículo sombrerito con flores.

Ella sonreía encantadoramente. Holt se sentía fascinado, incapaz de emitir

ningún sonido. De pronto vio que Elisa alargaba el bolso hacia él.

—Tómalo —dijo Elisa.

Holt obedeció maquinalmente. Al contacto con el cuero, la visión se esfumó.

El rostro de Elisa desapareció. La calavera ocupó su lugar de nuevo. Ya no había sonrisa, ni cabellos de plata...

Haciendo un esfuerzo, se volvió hacia la muchacha.

—Mary —dijo roncamente.

Ella puso una mano en su brazo.

—Spike, lo mejor será que nos marchemos cuanto antes —propuso serenamente.

* * *

—¿Crees que hacemos bien? —preguntó Mary aprensivamente.

Holt detuvo el coche a cierta distancia, se apeó y contempló con ojos críticos el nuevo edificio para las empresas Delaney, aunque, lógicamente, dado su volumen, tendría numerosas plantas destinadas a inquilinos que pudieran pagar el elevado alquiler de los apartamentos de lujo que formaban también parte del edificio. En total, eran treinta plantas y el edificio destacaba orgullosamente en una zona en donde las casas más altas apenas si pasaban de los cuatro pisos.

Por otra parte, había sido construido en el centro de un sector ajardinado, que le proporcionaba un amplio espacio en todas direcciones. Holt sabía que aquel derroche de terreno era el pago que Delaney había tenido que hacer a fin de conseguir el permiso municipal de edificación. Sólo destinando unos cuantos miles de metros cuadrados a parque y jardín, con un gran estanque, se había podido construir el rascacielos.

—Tenemos que hacerlo —contestó Holt firmemente—. Delaney debe saberlo y cuanto antes, mejor.

Claramente se veía que el edificio no estaba aún acabado. En la parte más alta, quedaban todavía algunos andamios. En una explanada lateral se divisaban pilas de cajones conteniendo materiales.

Un hombre les salió al encuentro cuando se disponían a entrar.

—Lo siento, no se puede pasar —dijo—. Esto no está terminado aún...

—Venimos de casa del señor Delaney —declaró Holt—. Allí nos han informado que está aquí.

—Es cierto, pero...

Holt puso en la mano del vigilante dos billetes de diez dólares.

—Habrá teléfono interior. Dígale que Spike Holt y la señorita Tanner desean hablarle.

—Muy bien, señor.

El vigilante se retiró y volvió a los pocos momentos.

—Suban al último piso. El señor Delaney les aguarda en la azotea —

informó.

Holt cambió una mirada con Mary. Ella, aunque pálida, estaba resuelta. El guardián les acompañó hasta uno de los montacargas de servicio, que les condujo con rapidez al último piso. Salieron y, por medio de una escalera de peldaños de metal, alcanzaron la azotea.

Delaney estaba junto al parapeto de la terraza, contemplando la ciudad, con las manos a la espalda Holt avanzó lentamente.

—Señor Delaney...

Una súbita racha de viento movió los cabellos del hombre. Al cabo de unos momentos, Delaney se volvió lentamente.

Mary emitió un grito de sorpresa. Holt frunció el ceño.

¿Quién era aquel hombre tan viejo?, se preguntó.

* * *

Era Delaney, desde luego, pero con muchos años más encima. Su rostro estaba surcado por numerosas arrugas, aunque el pelo seguía siendo de color castaño oscuro y muy abundante. Pese a su aspecto de senilidad, seguía manteniéndose erguido, con los hombros rectos y la espalda firme.

Sonriendo de una manera extraña, Delaney sacó algo del bolsillo y lo dejó caer al suelo.

—Es una máscara, con las facciones de mi hijo —explicó.

—Entonces, el que murió en Camden Harbor, era él... —dijo Holt, quien todavía no se había recuperado de la enorme sorpresa recibida.

—No. Era el padre de Endicott. Mi hijo murió hace casi veinte años. Entonces, las empresas pasaban por una situación muy delicada. Yo me había retirado ya y si se conocía la noticia de la muerte de Marvin, sobrevendría la ruina inexorablemente. De modo que oculté la muerte de mi hijo, tomé su puesto... y todo siguió igual, mejor dicho, progresando continuamente.

—De cuando en cuando, imagino, se haría fabricar una máscara nueva, para aparentar algunos años más.

—Sí —admitió Delaney.

Holt entornó los ojos.

—Sospecho que los años no le borraron la avidez por el dinero —dijo.

—Por el poder —sonrió Delaney.

—El poder que proporciona el dinero —terció Mary.

—Exactamente.

—De modo que era el padre de Endicott el que estaba encerrado en Master's Peak. ¿Cuántos años tenía? —preguntó Holt.

—Alrededor de setenta. Pero aún se conservaba fuerte. Sin embargo, tenía ciertas manías...

—Y había que complacerle, para que su hijo Roger no destapara todo el pastel —adivinó el joven.

—Endicott también obtenía sus buenos beneficios, y aún hubiera

conseguido más, de haber podido llevar a buen término la operación de rescate de las propiedades de Camden Harbor.

—Eso es algo que puede darse por fracasado —aseguró Holt. Miró atravesadamente a Delaney—. Creo que comprendo por qué mató usted a Olga.

—No podía permitir que divulgase la verdad. Aunque siempre actuábamos a oscuras, un día me quitó la máscara involuntariamente... —Delaney sonrió de un modo especial—. Tengo setenta años, pero aún me mantengo sexualmente muy activo...

—No lo dudo, pero también había otros motivos. Olga había sido objeto de incalificables vejaciones y temió que me lo contase todo. ¿Por qué le abrió el vientre?

Delaney apretó los labios.

—Perdí la cabeza...

—¿De veras? Después de preparar la bomba de tiempo y el petróleo para el incendio de la casa, ¿quiere hacernos creer que perdió la cabeza? ¿No estará mejor dicho que quiso hacerla sufrir el último ultraje?

Mary puso una mano en el brazo del joven.

—Spike, creo que ahora debería contarnos cómo mató a Elisa y a Jablowski —dijo la muchacha.

—Elisa era mucho mayor que yo, lógicamente, pero yo me había enamorado ciegamente de ella. Se negó a corresponderme... y la envenené. Jablowski se dio cuenta y tuve que matarlo también —explicó Delaney.

—Y luego los dejó en aquel cobertizo, dentro del coche.

—Era un toque poético —sonrió el asesino—. Elisa no era la dama honesta que todos creían. Jablowski era su amante. Pero ¿cómo saben...?

—Hemos encontrado los cadáveres en el cobertizo que usted tapió, después de hacer creer a todo el mundo que había enterrado realmente a Elisa —dijo Holt—. ¿A quién sobornó para que enterrasen un ataúd vacío?

—El cuerpo estuvo expuesto algunas horas en su ataúd. Yo temía que Jablowski me delatase. Lo envenené también y lo llevé a! garaje. Luego, cuando la casa quedó vacía de visitantes, trasladé el cuerpo de Elisa. Puse unos sacos con arena y cerré el ataúd. Ya no permití que nadie lo abriese.

Holt entornó los ojos.

—Pero algo le perdió —dijo—. La marca de los Delaney.

—La señal maldita —añadió Mary con vehemencia.

—Incluso la pintó en los retrasos de Elisa.

—¡Aquella mujer me pertenecía! —gritó Delaney descompuestamente—. Sí, ella, toda su fortuna, todas sus propiedades...

—Que no ha podido conseguir legalmente, a pesar de los años transcurridos —acusó Mary—. Por eso hoy, una vez más, fue a Derwenton’s House, para tratar de encontrar el testamento.

—Lo escondió —dijo Delaney sordamente.

—Ella estaba vestida de calle. Usted la dejó en el «Rolls», junto a

Jablowski, para que hicieran el viaje final juntos al mismo tiempo. Incluso le puso el bolso en las manos. Debió haberlo registrado, Delaney.

—¿Qué quiere decir? —gritó el individuo.

—En el bolso había un resguardo de una caja fuerte de alquiler en un Banco, junto a una nota que indica el contenido de la caja: algunas joyas de familia., y el testamento.

Las manos del asesino se abrieron y cerraron convulsivamente varias veces. Con voz ronca, murmuró:

—Todo está perdido ya... pero no me importa. ¡Váyanse, váyanse!

Holt se volvió hacia la muchacha. Mary asintió.

Cuando entraban en el montacargas, miraron a Delaney. Estaba en pie, con la cabeza hundida en el pecho, completamente abrumado por una derrota que le había llegado después de cuarenta años.

El aparato inició su descenso. Holt y Mary hicieron el viaje en silencio. El joven pensaba que cuando se hiciese pública la noticia del hallazgo de los cadáveres de Elisa y su chófer, cuando se supiera que Delaney era el padre y no el hijo, el imperio se derrumbaría estrepitosamente.

Cuando llegaban al vestíbulo, oyeron un ligero crujido.

Holt se alarmó. El crujido se repitió.

Una pared se derrumbó de pronto con gran estrépito. Agarró a Mary por una mano y tiró de ella hacia la salida.

—¡Corra, escape! —gritó al vigilante—. Esto se va a hundir.

El vigilante no se hizo repetir el consejo. Los ruidos eran más fuertes a cada segundo que transcurría.

Los dos jóvenes corrieron desolados hasta situarse en una zona segura. Entonces, Holt se volvió.

El enorme rascacielos se hundía sin remedio. Ruidos semejantes a cañonazos se producían incesantemente, cada vez que un piso se hundía y arrastraba en la caída al inferior. La gente de las inmediaciones corría despavorida o se detenía en lugar protegido para contemplar el fantástico espectáculo.

Al cabo de unos segundos, toda la estructura del edificio se vino abajo, literalmente desintegrada. Una colosal nube de polvo se elevó a las alturas, manchando el claro azul del cielo. Desde el sitio en que estaban, Holt contempló el gigantesco montón de escombros a que había quedado reducido el edificio.

Asió el brazo de Mary y tiró suavemente de ella.

—Vámonos —dijo.

Reanudaron la marcha, en medio de un concierto de sirenas de policía y bomberos. Pero ninguno de los dos volvió la cabeza una sola vez.

* * *

—El testamento ha aparecido, en efecto —dijo Mary al día siguiente por la

tarde—Mi abuela es la única heredera y ahora se convierte en la dueña de Derwenton's House y de qué sé yo cuántas cosas más. Ha llorado un poco, pero más por saber la forma en que murió Elisa que por otra cosa y ha dicho que ahora Elisa sí podrá descansar en su tumba.

—Ella lo agradecerá desde el más allá —sonrió Holt.

Mary se puso seria.

—Spike, ¿cómo se te ocurrió examinar el bolso de Elisa? —preguntó.

Holt guardó silencio durante unos instantes. ¿Debía contarle la visión que había tenido? ¿Debía decirle que la propia Elisa le había indicado la solución?

¿Quién podía explicar satisfactoriamente aquel enigma? ¿Cómo había llegado a su poder un bastón que había sido visto por última vez más de cuarenta años antes?

Era preciso pensar en la existencia de fuerzas sobrenaturales, cuyos actos resultaban incomprensibles Y, por otra parte, era lícito suponer que aquellas visiones no se iban a repetir ya.

La voz de Mary le sacó súbitamente de su ensimismamiento:

—Te he hecho una pregunta, Spike.

—¿Eh? Oh... Ah, sí... Bueno, lo del bolso... Curiosidad, simplemente. Fue... corno un impulso que no pude resistir...

—Un impulso afortunado —sonrió la muchacha—. ¿Sabes?, yo también empiezo a creer que realmente viste a Elisa y hablaste con ella. Francamente, a mí también me habría gustado que me sucediera una cosa semejante. Pero ¿por qué hubo de elegirte a ti precisamente?

Holt entornó los ojos.

—Si ella tenía visión de futuro, y todo parece indicarlo así, sabía que yo había estado con Steiner... y que acabaría desenmascarando a Delaney, su asesino. No hay otra explicación posible, Mary.

Ella suspiró.

—Ni es necesario que la busquemos, Spike. —Le miró sonriente—. De modo que mañana empiezas a trabajar de nuevo.

—Así es. Ganaré dinero y antes dé un año tendré mi título en el bolsillo. Entonces, te pediré que te cases conmigo.

Mary le tendió una mano.

—Un año pasa pronto, Spike —dijo con cálido acento.

FIN